

The image shows the front cover and spine of an antique book. The cover is bound in brown marbled paper with a pattern of irregular, cell-like shapes in shades of brown and tan, set against a darker brown background. The spine is bound in a dark, possibly black or very dark brown, material, likely leather or cloth, which is heavily worn and shows signs of age. A small, rectangular white label is affixed to the spine, containing the text "bancia" and "eral" on two lines. The book is set against a dark, solid background.

bancia
eral



45

7

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 17 de la Coleccion.

D-36

409

~~12mc~~

Los Misterios
DE LONDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1843.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,

calle de la Lonja de la Seda.



Es propiedad del Editor.


b. 12511420

L. 24889933

R. 60.047

Imprenta de D. Benito Mousfort.

Continuacion del anterior.

 QUELLA noche la pasó toda el doctor Moore á la cabecera de Clary MacFarlane, que sufría, cuando Rowley lo fue á llamar, un furioso ataque de nervios, y desplegó con ella todos los recursos de su consumada esperiencia, á pesar de que no necesitaba tanto para salvarla. Pero él no la quería salvar, y así que amaneció se volvió á su despacho, escribió rápidamente algunas líneas mientras Clary dormía

con un sueño sosegado y apacible, y llamó á Rowley.

—¿Qué hay que hacer? preguntó éste, que solo pensaba en su nueva preparacion.

—Es preciso determinar otros accidentes, contestó el doctor reflexionando. Esta noche ha sido preciosa.... estoy muy satisfecho.... pero no conozco aun mas que una parte del mal de miss Trevor.

Se detuvo á meditar algunos minutos, y continuó así:

—Haced trasladar su cama al cuarto negro, Rowley.... Ahora tendrá siempre necesidad de dormir.... Abrid de cuando en cuando la ventanilla, y despertadla bruscamente.

Rowley se fue, y desde aquel momento empezó Clary á sufrir el mismo cruel suplicio que los agentes de la república francesa impusieron al desgraciado hijo de Luis XVI en su prision del Temple. Acometida de un sueño pesado é irresistible, la despertaba periódicamente el eco de una voz que venia del techo, para lo cual maese Rowley, que todo lo hacia concienzudamente, se habia provisto de una boci-

na, y con esto la puso en tres dias en el estado que Moore necesitaba para sus nuevas experiencias. Su fuerte y robusta complexion desorganizada del todo, habia perdido las fuerzas, pero en cambio su sensibilidad nerviosa aumentada hasta tocar en epilepsia, era irritada sin cesar con aquellas periódicas sacudidas. Mas entretanto cambió de aspecto, como ya vimos, la enfermedad de miss Trevor, y el doctor Moore se quedó indeciso á vista de aquel mal desconocido, que ni podia provocar en otra, ni combatirlo en ella, y por un instante prescindió de Clary que le era inútil, dejándola al cuidado de Rowley, que dividia el tiempo entre ella, y las *Recreaciones toxicológicas*. Mas adelante veremos si esta circunstancia alivió en algo la suerte de la pobre criatura.

Ahora se entiende ya lo que Moore quiso decir, hablándole al marqués de Rio-Santo, de los síntomas nuevos, y terrible crisis de miss Trevor; conversacion que así como los sucesos que le precedieron, tuvo lugar al dia siguiente de haberse visto en casa de lady Stewart Frank

Perceval y Mary. Esta hacia veinticuatro horas que estaba cataléptica, y Moore, durante ellas, habia apurado cuantos recursos le podian proporcionar su saber y mucha esperiencia, hasta hacer el ensayo de obrar sobre los sentidos por medios agenos de la medicina, para lo cual dispuso un concierto en el cuarto de la enferma, porque algunos autores pretenden que la música es escelente para esta clase de males. ¡Ah! no quisiéramos ofender á los apreciables escritores de piezas líricas, pero la música, como medio curativo, no produce efecto sino en la ópera: en esta se cura la locura con un romance, la fiebre con un solo de flauta, y el cólera-morbo con unas variaciones de trompa. Esto es muy ingenioso, pero muchas veces hemos maldecido nosotros el arpa de David, y la hipocondría de Saul, que son las que han dado sin duda lugar á semejantes tonterías.

El mal de Mary resistia obstinadamente á todos los remedios, y continuaba lo mismo que la vimos en el salon de casa de lady Stewart, pálida, inmóvil, con los

ojos fijos y relucientes como el cristal, tiesa, y pareciendo una estatua. A ella fue á ver el doctor Moore despues que sangró á Rio-Santo, y no le encontró la menor variacion desde su última visita: lady Campbell y Diana Stewart estaban desesperadas, y él se marchó sin contestar á sus preguntas, segun su costumbre, ordenando alguno que otro remedio insignificante, de que ningun efecto esperaba. Así que entró en su casa de la calle de Wimpole, llamó á Rowley como el dia anterior, y le preguntó por Clary.

—Es preciso batir el hierro mientras está caliente, contestó aquel, y la naturaleza se ha de observar mientras hay vida.... La vida, señor, se va á toda prisa, y si quereis batir el hierro, es menester que sea pronto, porque se va enfriando.

—¿Hay algun nuevo síntoma? replicó Moore.

—Sí, sí señor.... hay un síntoma nuevo.... y mañana habrá otro.... ¡Se morirá!

—Pero aun vive, ¿no es así? repuso el doctor.

— Sí señor.... un poco.... está desmayada.... Ahora cuando me llamasteis iba yo á hacerla volver.... Me marchó otra vez allá.

El doctor lo agarró por el brazo, y lo detuvo diciéndole:

— Déjala estar, y prepara la pila voltaica.... la grande.

Rowley lo miró con asombro, y se fue murmurando:

— ¡Tá, tá, tá, cuántos cumplimientos! No se podrá decir que no ha sido tratada la niña con toda ceremonia.

Entretanto llegó la hora, á que había dicho el marqués de Rio-Santo que lo despertáran, y el caballero Bembo, que era el encargado de ello, entró en el cuarto donde hemos visto al laird, que era donde aquel estaba durmiendo en el mismo sillón en que lo dejamos, lo llamó, y al momento abrió los ojos, pero los volvió á cerrar, y dijo con abatimiento:

— Ángel, este sueño me ha estropeado.

— Pues descansad bien algunas horas, milord, dijo Bembo, contemplando con filial solicitud el fatigado semblante del

marqués; que mañana habrá tiempo para seguir vuestra tarea.

Rio-Santo miró al jóven maltés, y sonriéndose cariñosamente, le dijo:

— ¡Mi tarea! Teneis un golpe de vista tan perspicáz como una muger celosa, Angel.... Todo lo adivináis sin preguntar nada jamás.... mientras que no haceis falta, no se os ve, pero en la hora del peligro pareceis siempre....

— Os juro por mi honor, D. José, que no tiene la curiosidad la mas mínima parte en el sentimiento que me hace velar por vos.

— ¡Pues que no lo sé yo! replicó Rio-Santo dándole la mano, que Bembo estrechó con timidéz. Cuando no se tiene mas que un solo amigo en el mundo, Angel, se le conoce bien, y se le aprecia como merece.... En verdad que cuando ese hombre me apretó tan furiosamente y me dejó caer, me acordé de vos, y me vino á la imaginacion una vaga esperanza.... Y dije entre mí: mi buen Angel estará quizás á la vista....

— ¡Oh, milord! dijo Bembo con triste-

za, habia en aquel momento abandonado mi puesto....

—Yo lo oia todo cuando estaba tirado en el suelo.... Sé muy bien que estuvisteis de centinela muchas horas.... ¡Qué corazon tan noble y tierno teneis, Angel!... Mirad, cuando pienso en lo que me quereis, creo que Dios me protege.

Bembo estaba lleno de orgullo, y se veia en sus ojos el caballeroso entusiasmo que escitan en un soldado fiel las alabanzas de un soberano querido.

—Porque Dios os ama, Bembo; añadió el marqués con acento algo melancólico; y entre Dios y vos no hay recuerdos de aquellos que ocultan el cielo.... Yo.... ¡Oh! yo, continuó diciendo con entusiasmo; ¡yo quisiera, aunque fuera á costa de toda mi sangre, poder empuñar mi espada de combate con mano tan pura como la vuestra, amigo mio! ¡entonces sí que seria yo fuerte!...

Angelo guardaba un respetuoso silencio, y Rio-Santo, moderando la voz, prosiguió con tono tranquilo y profundo:

— ¡Pero todavía soy fuerte, con todo eso!... Además de que si la obra es santa, ¿qué importa la mano que la ejecuta? ¡Ah! yo bien sé que no merezco gozar del triunfo... porque Moisés había pecado, no permitió Dios que pisara la tierra de promision.... pero se la enseñó á lo lejos el día de su muerte.... Moisés murió en la tierra de Moab, pero sus ojos vieron la de Canaan antes de cerrarse....

En seguida juntó las manos, y continuó con fervor apasionado:

— Muera yo, ¡Dios mio! ¡muera yo.... con los ojos fijos en mi objeto.... ¡muera yo en la victoria!... ¡muera sobre el campo enemigo, pero que mi última mirada vea lucir á lo lejos la aurora de hermosos días para mi patria! ¡Morir! ¡no me importa morir, con tal que el peso de mi cadáver acabe de destruir á la Inglaterra vencida, y que mi alma, al despedirse de este mundo, salude entusiasmada al naciente reino de Irlanda!

Bembo dió un grito de sorpresa y exclamó:

— ¡La Irlanda! ¡la patria! ¡Señor, se-

ñor, bien creia yo que vuestra guerra contra los ingleses era legitima!

Rio-Santo cerró los ojos, y quedó un instante como absorto en una profunda meditacion. En seguida dijo con tanta dulzura, que la inflexion de su voz cambiaba casi el sentido de las palabras:

— Angel, si cualquiera otro supiera la mitad de lo que vos sabeis, lo mataria.... Pero entre los demás y vos media un abismo, y á vos os abro mi corazon sin temor de que abuseis de mi confianza. Aunque fueseis mi hijo, ó mi hermano, no podria hacer mas, porque mi secreto es de aquellos que el resultado revela, ó sella la muerte bajo la losa de un sepulcro.

— Gracias, milord, gracias, murmuró Angelo: ignoro vuestra vida, pero conozco la grandeza de vuestro corazon... Vuestros secretos os pertenecen á vos solo.... lo que yo sé de ellos... que es bien poco... me llena de admiracion y respeto.... ¡Ah! ¡sois irlandés! ¡Vencereis, milord, vencereis! y ojalá me apreciéis tanto, que me deis parte en el peligro.

— Vuestra parte está ya designada, se-

ñor Angelo Bembo, repuso con seriedad el marqués: hace mucho tiempo que cuento con vos.

Los ojos del italiano se inflamaron, abrió la boca para hacer una pregunta, y Rio-Santo, conteniéndolo con un gesto, le dijo sonriéndose:

—En la batalla ocupareis el primer puesto, Angel, pero todavía no estamos en ella.... ¿Creo que hoy no os incomodará hacerme compañía?

Angelo se inclinó, y el marqués continuó:

—Enviadme á Greb. Todavía me siento débil, pero es preciso reparar el tiempo perdido.

Así que se fue Angelo trató el marqués de levantarse, mas era tanta su debilidad que tres veces seguidas que lo intentó tuvo que volver á sentarse, hasta que al fin lo logró, y se dirigió tambaleando hácia la cama en que estaba Angus Mac-Farlane, á quien encontró profundamente dormido.

—¡Pobre hermano mio! murmuró al verlo; ¡tambien padece porque me ama!...

¡Ah! ¡cuánto deseo vencer para poder morir!

Unos pasos que se oyeron anunciaron la entrada de Greb en el gabinete inmediato, y Rio-Santo dejó caer las cortinas de la cama de Angus y fue allá. Greb era el negrito que vimos servir de atril á Edward en el salon de la casa cuadrada de Cornhill; tendria como unos catorce años, con formas muy perfectas, que sobresalian en medio de su piel de ébano, y no llevaba mas vestido que un chal de cachemir encarnado ceñido por la cintura. Rio-Santo lo encontró en pie é inmóvil en medio del gabinete.

— ¡De beber! le dijo apoyándose en su mesa.

Greb tomó una caja primorosamente embutida que habia en un estante, y abriéndola con una llavecita que llevaba al cuello colgada de un cordon de seda, sacó un vaso de cristal y un frasco medio vacío, llenó el vaso de agua, y le echó dos gotas del líquido que contenia el frasco, con las que el agua empezó como á hervir, y se puso de color de oro. Rio-Santo bebió un sorbo, y le dijo:

—Está bien. A mi ayuda de cámara que prepare la ropa.

Se sentó en seguida y se bebió el vaso entero, y un minuto despues, cuando se puso en pie, le brillaban los ojos, antes abatidos, se sourosó el delicado cutis de sus megillas, y recobrando su cuerpo su natural vigor, se dirigió con paso firme á su cuarto de vestir; y cuando á poco rato salió vestido con la noble elegancia de que era su nombre sinónimo, nadie hubiera podido conocer al enfermo anterior abrumado por siete noches de vigilia. Entonces era ya el soberbio Rio-Santo, el rey del brillante egército que evolucionaba en los salones del West-End; el caballero gallardo por escelencia y sin rival, aun en el prevenido concepto de las damas que habian pasado ya la edad de los amores; era el héroe del amor que tenia siempre parte en las ilusiones de las ladys; el hombre que no hallaba en las damas resistencia; el ídolo, cuyas miradas se disputaban, y cuyos favores, como antiguamente los caprichos de los reyes, no hacian despreciable á ninguna muger en la sociedad.

Era el semi-Dios, á cuyos pies se agrupaba todo lo elegante para servirle de pedestal, y para nosotros era nuestro Rio-Santo, el hombre sereno entre impetuosos odios, el hombre fuerte bajo el enorme peso de sus graves pensamientos: habia vuelto á revivir, su fisonomía estaba radiante, y bajo la brillantéz contenida de sus ojos habia un mundo entero de amenazas y promesas.

El caballero Angelo Bembo le dió la mano para subir al estribo del coche, en que habia enganchados cuatro magníficos caballos: Rio-Santo lo miró sonriéndose, y Bembo, que aun no lo habia observado bien, dió un paso atrás admirado de ver tanto vigor y robustéz en aquel cuerpo tan estenuado poco antes, y no pudo menos de esclamar:

¡Oh, D. José! lo que abate á los hombres mas fuertes pasa por vos sin dejar el menor rastro ni vestigio.... Os he visto casi muerto hace poco.... y ahora os veo ágil y capaz de arrostrar nuevas fatigas, cuando yo hubiera sucumbido como un niño.... ¿Es vuestra alma la que reserva

esos tesoros de vigor sobrenatural para vuestro estenuado cuerpo?

Rio-Santo lo miró otra vez sonriéndose, y subió de un brinco al coche, y Bembo le añadió con una convicción supersticiosa:

— ¡Vencereis, milord, vencereis!

Resonó el empedrado y se cubrió de chispas, y el carruage voló ligero al rededor de los árboles desnudos de la plaza, para entrar á galope en la ancha carrera de Grosvenor-Place.



Ni Mesalina ni Magdalena.

EL coche del marqués de Rio-Santo atravesó á Green-Park, de donde el frío y la niebla hacían ya retirar la gente que estaba de paseo, siguió á lo largo de Picadilly, entró en la calle del Regente, y se paró delante del palacio de Barnwood, donde antes de apearse Rio-Santo, le dijo á Bembo:

— Dentro de un cuarto de hora volveré, Angelo; haced que el coche se pasee por

la calle, para que no lo vean parado en casa de lady Ophelia.

La condesa estaba sola y haciendo tristes reflexiones: ignoraba el fatal resultado de la entrevista de Frank y miss Trevor, y sin que la penosa impresion que le habia quedado del paso que dió el dia anterior hubiese alterado sus facciones, estaba sentada en una magnífica silla poltrona, al lado de un fuego moribundo, cuyos vacilantes resplandores cambiaban á veces la espresion de su semblante, que era de profunda melancolía. Alguna vez una llama repentina marcaba mas la sombra de sus cejas, y le daba la apariencia de la cólera, y otras, debilitándose la misma llama animaba los contornos de su linda boca y parecia sonreirse; pero en su fisonomía uniformemente triste, no habia en realidad, ni cólera ni alegría, sino que cansada de sufrir por tanto tiempo estaba abatida. Abandonándose á sus dolorosos pensamientos, la asaltaban alternativamente recuerdos y temores, y unos y otros acogia su fatigado corazon, lamentándose de lo pasado, y sin hallar consuelos para el por-

venir. Reflexionaba sobre el paso que habia dado el dia antes, y se arrepentia: habia querido suscitar un obstáculo entre **Mary Trevor** y **Rio-Santo**, porque este le habia dicho una vez, que un desaire de **Mary** podia volverlo á sus pies; ¿pero podia el marqués sufrirlo? ¿habia algun obstáculo que él no pudiera allanar? **Lady Ophelia**, para quien **Rio-Santo** era una especie de divinidad, podia menos que nadie contestar afirmativamente.

Asaltábanla además mortales temores por la seguridad de su ídolo, y se maldecia á sí misma por haber entregado su vida, revelando su secreto, á merced de un enemigo, porque en el arrebato de su delirio habia cabalmente elegido por confidente del fatal secreto al rival del marqués, al hombre interesado en perderlo á toda costa. Este hombre era leal, y tenia un corazon franco y sincero, como los caballeros de los tiempos antiguos, pero amaba apasionadamente, y con toda su alma; ¿y no era ella tambien leal, y sincera, y habia sin embargo faltado al juramento que tantas veces hiciera á Rio-

Santo de callar la aventura del caballero Weber? El amor es como la ambicion; hace enmudecer la conciencia, y olvidar las promesas mas sagradas; ¡y si Frank Perceval llegaba á olvidarlas! ¡si una indiscrecion!... La desdichada lady Ophelia no se atrevia á deducir la consecuencia de esta terrible hipótesis, y aunque no lloraba, encogió todo su cuerpo en actitud de mudo terror, pareciendo querer hundirse y sepultarse dentro de su silla poltrona.

¡Con cuánto dolor se arrepentia considerándose culpada!... Mas cuando su doncella Juana anunció al marqués de Rio-Santo todas estas ideas sombrías desaparecieron como por encanto: se puso en pie llena de gozo y contento, y echó á andar hácia la puerta, mas solo dió un paso, porque el que iba á entrar era el que amaba, y el mismo sobre cuya cabeza habia suspendido el deshonor ó la muerte, y se volvió á sentar sin aliento. Rio-Santo entró, y sintió temblar la mano que le tomó á la condesa para besarla: esta emocion fue contagiosa, porque la soltó sin llegarla á los labios, sobrecogido de re-

pentina turbacion, y dirigió á lady Ophelia una de aquellas miradas que atormentan á las almas débiles ó subyugadas. La condesa tenia los ojos bajos, pero al través de sus párpados sentia el peso de aquella mirada que la oprimia, pareciendo que habia sido penetrada su conciencia por aquel mudo é implacable exámen. Rio-Santo frunció las cejas ligeramente, y viendo asomar una lágrima á los párpados de Ophelia, supo lo que queria, y lo que temia saber, y tomándole otra vez la mano, la saludó con frialdad, y se dirigió hácia la puerta.

—¡Oh, milord! ¡milord! exclamó Ophelia, cuyas lágrimas contenidas empezaron entonces á correr, ¡no me abandonéis así!

Rio-Santo se detuvo, y mirándola con compasion y ternura, le dijo:

—Os arrepentis de lo que habeis hecho, ¿no es verdad? ¡Oh! lo creo muy bien, señora; ahora quisierais deshacer á toda costa vuestra imprudencia....

—A costa de mi sangre, milord, le interrumpió Ophelia mirándolo con las manos juntas en actitud suplicante.

—Lo creo, pobre Ophelia, lo creo, repuso Rio-Santo: sois buena, y me amais..... Vuestros remordimientos son sinceros, pero no es posible recoger las palabras, una vez pronunciadas.

—¿Con que lo sabeis todo? murmuró la condesa.

—Lo presumo, y lo temo, milady.... Yo nada sabia, pero vos os habeis vendido. ¡Otras veces cuando yo venia, os poniais tan contenta! ¡me recibiais con una sonrisa tan franca y alegre!... Hoy me recibis llorando....

Aquí hizo una pausa, y en seguida añadió:

—¡Es una desgracia terrible, señora!

—¡Qué! exclamó la condesa desesperada; ¿tan inminente es el peligro que amenaza vuestra vida?...

—¡Mi vida! interrumpió Rio-Santo sonriéndose tristemente, mi vida no es lo que importa.... ¿No es bastante haber hablado de Mr. Weber?

La condesa sintió que sus lágrimas le abrasaban la cara, y exclamó espantada:

—¡Oh, milord! temo comprenderos.

— Me comprendeis, milady.... vuestra indiscrecion ha condenado á un hombre, pero no está en vuestra mano, ni en la de nadie, condenarme á mí.

Ophelia se levantó é hincándose de rodillas, le dijo:

— ¡Perdon! D. José, os pido perdou para él.

Rio-Santo le agarró la mano, la levantó, y sentándose junto á ella, le dijo:

— ¡Pobre Ophelia! ¡cuántos pesares os ha causado mi amor!... Vos sois seguramente la mas noble y hermosa de cuantas mugeres he conocido.... Yo os amo lo mismo que antes... todavía mas, señora... y no se dirá que os habeis arrodillado en vano delante de mí. Tomad una pluma, Ophelia, para escribir á Frank Perceval.

La condesa obedeció al momento, y Rio-Santo se recostó contra el respaldo de su silla, y añadió:

— Yo quisiera poderos decir sencillamente que Perceval nada tiene que temer de mí; lo quisiera, señora, porque vuestros menores deseos son para mí órdenes... Mas yo no tengo voluntad propia, y lo

que os parece mi voluntad, no es mas que mi destino... ¿Y no me vi un dia obligado á abandonar la dulce vida que pasaba á vuestro lado?... Escribid, Ophelia, os lo suplico.

La condesa mojó la pluma, y el marqués siguió diciendo:

—Decid al honorable Frank Perceval que mañana en la noche lo esperais en vuestro coche, enfrente del teatro de san James, en la esquina de la calle del Duque... Mañana en la noche, á las nueve.

Ophelia lo escribió, y preguntó en seguida:

—¿Y tendré yo que ir á esperarlo enfrente del teatro de san James?

—Vuestro coche sí, milady, pero vos, no.... Yo seré quien reciba á Frank Perceval.

Ophelia se volvió con viveza, y miró á Rio-Santo con inquietud, y éste le contestó:

—Os empeño mi palabra de caballero, de que será respetada la vida de Perceval.... Poned el sobre, señora, porque no se puede perder tiempo.

Lady Ophelia titubeaba acordándose del caballero Weber: Rio-Santo viéndolo, tomó su sombrero de encima de una silla y le dijo saludándola:

— Señora, solo un deber imperioso me puede obligar á dejaros tan pronto.... Me parece que estais pensativa.... reflexionad cuanto gustéis, y mañana avisadme vuestra resolución.... Ya os he dicho el único medio de salvar la vida al honorable Frank Perceval.

Dicho esto se fue. Lady Ophelia se quedó en efecto pensativa, y tres veces dió la hora el reloj sin sacarla de su grave meditacion. ¿Pensaria acaso en el peligro que amenazaba á Frank Perceval? Lady Ophelia era generosa, y su corazon noble y sensible, pero el amor cuando sufre solo piensa en sí mismo, y ya habia olvidado la carta, desesperada con los numerosos recuerdos de lo pasado, hasta que por fin la misma carta sin concluir fue la que la hizo volver en sí: sus recuerdos habian abogado elocuentemente por el marqués, aunque sin conocerlo ella, porque la habia firmado, puesto el sobre, y echado en

la caja de donde la debia sacar Juana al dia siguiente.

— Todas mis dudas son injustas, dijo al fin entre sí: dudas que debo desechar, porque todos los hombres se desafian.... Mr. Weber murió batiéndose con la espada en la mano.... ¡Oh! ¡pero aquel duelo fue atroz, Dios mio!

El marqués hacia ya mucho tiempo que habia entrado en su coche, y Bembo pudo conocer que estaba algo inmutado al sentarse sobre los almohadones, y cuando preguntó el cochero adonde iba, contestó distraido:

— No lo sé.

— ¿Sin duda volveremos al palacio de Irish? le preguntó Angelo.

— No, no.... contestó el marqués que parecia sumamente preocupado: cuando entremos en él será ya muy tarde, Angel.

En seguida dijo resueltamente al cochero.

— A Cornhill, almacen de Falkstone.

El coche echó á andar al instante, y Rio-Santo repuso con voz alterada:

—Hablabais de peligro, Angel.... pues ya ha llegado.

—¡Tanto mejor, milord! exclamó Bembo; ¡por los santos ángeles mis patronos, tanto mejor!

El marqués meneó lentamente la cabeza, y dijo:

—¡Ah! ¡sino hubiera yo perdido estos seis días!... Pero otros tal vez habrán trabajado por mí.... Voy á verlo en la correspondencia secreta que tendré en la casa de comercio.... De todos modos, ha llegado el momento, Angel: una palabra imprudentemente pronunciada.... ¡Ah, Bembo! ¡jamás confieis vuestros secretos á ninguna muger!.... Una palabra va á precipitar el desenlace, y fuerte ó débil tengo que combatir.

—Me tendreis á vuestro lado, dijo Bembo con la fogosa vivacidad de su cariño.

—Gracias, Angel.... bien sé qué vuestra vida está á mi disposicion.

Y tomándole la mano, la estrechó largo tiempo entre las suyas profundamente distraido, hasta que al fin dijo:

—Es preciso correr la suerte: ¡Dios salve á la Irlanda!

—¡Que Dios salve á la Irlanda! exclamó Bembo con alegría.

El marqués se estremeció al oír esta voz extraña, que reproducía su pensamiento concentrado hasta entonces en él, centellearon sus ojos y se fijaron en Bembo, que bajó los suyos al verlo.

—¡Gracias, Angel! dijo otra vez Rio-Santo con acento melancólico y lleno de amargura; pero me habeis asustado, porque esas palabras dichas en Lóndres resueñan como un grito de guerra, y quince años de trabajos me han dado, amigo, el derecho de ser quien dé la señal.

El coche se paró en la esquina de Finch-Lane y Cornhill, y Rio-Santo añadió con voz breve y resuelta:

—Así, pues, Angel, miraos ya convertido en mi ayudante de campo.... Yo nada os he dicho, pero os he dejado adivinarlo todo.... esto es también confianza....

—Lo he comprendido, milord, contestó Bembo, y espero dispongais de mí.

—No esperareis mucho tiempo, An-

gel.... por de pronto os encargo que reunais esta noche en la sala de White-Chapel todos los lores de la noche.... Allí iré yo dentro de dos horas, y necesito encontrarlos reunidos.

— Los encontrareis, milord.

— Tambien es preciso que á la misma hora tenga yo noticia del estado en que se halla la mina de la calle del Príncipe.... porque nos harán falta algunos tejos de oro del Banco.

— Dentro de dos horas tendreis noticias exactas.

— ¡Pues hasta luego! dijo el marqués apeándose del coche.

En seguida dobló la esquina de Finch-Lane para entrar en la inmunda callejuela en que se hallan los almacenes de Edward y C.^a: el coche se quedó parado delante de la tienda del joyero Falkstone, y Bembo se apeó tambien, y subió en un cabriolé.

En los almacenes de Edward y compañía estaban cerradas las persianas y no se veia luz ninguna, pero Greb el negrito, que se habia bajado de la trasera del coche

cuando se apeó su amo, con una llave sin guardas dió vueltas á un boton de cobre que habia en la cerradura de la puerta principal, y sonando dentro varios resortes de combinacion, nuevos entonces, pero en la actualidad estendidos hasta á las tiendas de especias, con una sola vuelta de otra llave mas pequeña se abrió la puerta. Rio-Santo al entrar dijo á Greb:

— Ve á llamar al salon del centro.

— ¿Cuántos golpes?

— Uno solo.

El negrito pasó delante y el marqués lo siguió y llegó muy luego á aquel salon de seis puertas, y sin ventanas, donde lo vimos una vez antes de ahora bajo el nombre de Edward, en compañía de Mr. Smith, de mistriss Bertram, del joyero Falkstone, del cambiante Walter y de maese Peter Patrice, antiguamente procurador, y ahora chalan y usurero. Apenas sonó el llamador, se abrió una de las seis puertas, y entró Fanny Bertram.

Los moralistas y filósofos tienen la necia manía de generalizarlo todo, hasta sus menores observaciones sobre el corazon de

la muger, sin hacerse cargo estos charlatanes de que ni el mismo *D. Juan*, con su proverbial esperiencia, era capáz de dar reglas fijas sobre esta materia kaleidoscópica. Aun suponiendo que *D. Juan* hubiese podido tratar y experimentar á todas las mugeres menos una, aun en esta desatinada hipótesis, ésta una sola bastaba para confundir y desconcertar todas sus observaciones.

Fanny Bertram habria sido una muger lindísima cinco ó seis años antes de la época de nuestra historia, pues aun entonces era una de esas que cuando se encuentran por la calle se miran con atencion, y cuya figura se queda tan impresa, que nunca se olvida. Lo que mas la distinguia era un cierto desden, una delicadeza en sus maneras, tan seductor uno y otro, que no se podria pintar ni en el lienzo, ni en el papel. Su flexible talle encantaba, su cabeza inclinada con descuido dejaba ver entre sus trenzas de pelo negro y los pliegues de su tocado una preciosa lista de cutis moreno y aterciopelado, que convidaba á besarla, y sus ojos, cubiertos por unas pestañas

que parecian dibujadas, tenian medio cerrados un indecible atractivo. Su boca mostraba en los armoniosos movimientos de su pausado y dulce hablar, una faja de marfil blanco y nacarado, y solo la risa hubiera podido descubrir con sus involuntarias convulsiones las dos filas de perlas que sostenian los labios ligeramente descoloridos, pero Fanny, que tenia muy á menudo una sonrisa distraida y melancólica, no se reia jamás. Era una criolla de las Antillas inglesas, cuya juventud, pasada entre aventuras y placeres, habia dejado en ella vestigios que, si bien no afectaban su belleza, eran visibles para el menos observador, y lo único que podria suceder era, equivocarse sobre el origen del decaimiento de aquel cuerpo, y de la palidéz de su rostro, con un círculo azulado al rededor de los ojos.

Mas cómo era posible equivocarse, si todo en ella respiraba el apagado ó amortiguado fuego de la voluptuosidad: era una Venus cansada de combates amorosos, ó lo parecia al menos, porque la pobre hacia en realidad una vida de reclusa, siempre

en su lujoso almacén, y tan estraña á todo negocio de amor, que no habia elegante de alta, mediana, ó baja esfera, que se pudiera alabar de haber siquiera besado la punta de sus torneados dedos. Y he aquí la razon porque nos hemos quejado hace poco de los moralistas y filósofos, pues en cuanto á los poetas, es sabido que estudian el corazón de la muger contemplando la salida de la aurora. Todo lo que sea tomar la mala costumbre de empezar una multitud de frases con, las mugeres hacen, las mugeres dicen, las mugeres son, etc., es una gran necedad: la palabra muger no tiene plural, filosóficamente hablando, y al usarla en singular, es preciso además especificar la edad, la posición, y hasta la hora del dia, pues ninguna muger se parece á sí misma con seis meses de intervalo, y de la mañana á la noche suele cambiar de manera que es imposible conocerla. ¡Y hay, sin embargo, temerarios que hablan de las mugeres, como lo podrian hacer de los testáceos, mamíferos ovíparos, ó fósiles, si el hambre los hubiera hecho naturalistas! ¡Y disertan, alaban ó vitupe-

ran lo que conocen.... ó creen conocer.... como la muger propia ó la querida, y de aquí pasan por consecuencia á hacer lo mismo con lo que no conocen, con la muger agena, con el *sexo*, como suele decirse cuando no se quiere usar de la galante frase: ¡hermosa mitad del género humano! ¡Y lo que aun es peor, se escribe la historia del corazon de la muger, traduciendo del griego y del latin en vez de examinar, citando en vez de observar, y describiendo el carácter de la Paca con un verso de Horacio!

Ni Horacio conocia á la Paca, ni la Paca á Horacio. Verdad es que ha existido Mesalina, y es una desgracia que haya habido mugeres que se le hayan parecido; ¿mas esto qué prueba? ¿con qué derecho se hace un adjetivo ó una calificacion del nombre de Mesalina? ¿No es ésto ciertamente insultar á la emperatriz, ó á la que se compara con ella? ¿Se erree acaso que Magdalena, de quien se hace tambien otro adjetivo, agradecerá la honorífica mencion que se suele hacer de ella? ¿Si está arrepentida, por qué no se la de perdonar?

Pero ya parece cosa convenida y aceptada, que toda muger que ha pecado se llame Mesalina ó Magdalena: no hay medio, ó disolucion ó arrepentimiento; este es el modo de juzgarlas.

Fanny Bertram no queria convenir en esto, porque ni era Mesalina, ni Magdalena; la disipacion la habia fastidiado, el arrepentimiento no era conforme con su apática naturaleza de criolla. Su sosiego era hijo del cansancio, y si alguna vez sentia los ímpetus de la juventud, era siempre con relacion á algun recuerdo: ya no amaba, porque antes habia amado demasiado, ó porque el último hombre á quien amára le hacia parecer despreciables cuantos podia amar. Fanny, sin embargo, habia pecado mucho antes de ser querida de Rio-Santo, que la obsequió un dia para abandonarla al siguiente, y de esto se acordaba, y este recuerdo la satisfacía; y aunque hacia mucho tiempo que no amaba al marqués con el amor ardiente y celoso anterior, le guardaba su corazon, y parte por apatía, parte por cariño, habia renunciado á los placeres de la juventud sin

objeto moral, y no por religion ni por necesidad. Se nos dirá que esta es una escepcion; poco á poco: donde no hay regla no puede haber escepcion; mas si no obstante, se quiere clasificar, clasifíquese en buen hora, es una ocupacion al menos inocente.

Cuando entró Fanny Bertram en el salon del centro, traia en la mano una cajita con embutidos, enlazada en ella su cifra con las de Rio-Santo en preciosos arabescos.

— ¡Dádmela acá, Fanny, venga! exclamó este tomando la cajita; ¿hay muchas cartas?

— Muchas, contestó la criolla sentándose junto á él.

— ¿Y la llave?

— Dejádmela abrir, Edward, que os tiembla la mano....

Temblábale, en efecto, la mano al marqués, el cual así que abrió Fanny la cerradura, levantó la tapa, y registró con la vista el interior. Habria como unas veinte cartas, y al primer golpe de vista descubrió entre ellas un pliego de mal papel con el sello de Irlanda, y prorumpiendo en una exclamacion de alegría, lo abrió.

XXXXXXXXXXXX

El mueble precioso.

FANNY Bertram permanecía sentada al lado de Rio-Santo, sin embargo de que la carta de Irlanda tan deseada, la tenía este abierta al alcance de su vista, y la leía sin pensar en apartarse, de manera que el hombre que por no tener confidente se privaba de todo apoyo, dejaba descubierta una parte de su secreto á muy corta distancia de los ojos de una muger. Nacia esto de que Rio-Santo tenía un golpe de

vista seguro y penetrante, así para las cosas grandes, como para las pequeñas, y la confianza que rehusaba á servidores inteligentes y apasionados, la concedia á esta muger desengañada, reducida á lo pasado, alimentada con el recuerdo de algunos dias de placer, indiferente á todo lo actual, esclava aun, y amante todavía. Pero esta muger estaba tan reconciliada con sus cadenas que no sentia su peso, tan acostumbrada al olvido que no le punzaban los celos, y tan vieja ya bajo la voluptuosa corteza de su beldad de criolla, que su antiguo amor sensual, violento, exaltado y delirante, como no suelen tenerlo sino rara vez los corazones embotados con la molicie y los placeres, se habia trasformado hasta el punto de igualar en abnegacion la santa ternura de una madre, sin que ella se apercibiese de semejante mudanza.

Fanny era linda y graciosa, y no podia dejar de inspirar interés á cuantos la vieran, pero su natural indolente nada tenia de heroismo, y si habia llegado al caso que acabamos de decir, era porque su primitiva pasion, combatida por la apatía, habia

solo conservado lo que no le incomodaba, una ternura dulce, contenida y casi austera, en la que se podia descansar y dejarse mecer descuidadamente. No tenia angustias celosas, ni menos la mezquina envidia de las coquetas sin corazon; tampoco deseos, sino solo algun pesar de lo perdido, porque sin él no son agradables los recuerdos. Rio-Santo era el único que la conocia á fondo, pues ni aun ella se conocia á sí misma, y teniéndola por confidente, desempeñaba á las mil maravillas el papel de una caja cerrada, de que él solo tenia la llave, y á la que como á un centro comun venia á parar su vasta correspondencia con casi todos los puntos del globo, preñada de sucesos y de grandes intrigas, que la menor de ellas podia dar motivo para diez acusaciones capitales. ¿Y lo sabia ella? Todo induce á creer que no, pero aun cuando lo hubiese sabido, habria desempeñado lo mismo su papel, porque es el valor cualidad que falta pocas veces en la muger. ¿Mas cómo habia de saberlo? La curiosidad es un trabajo que cansa y fatiga, y la interesante criolla metia en su

caja las cartas sin mirar siquiera el sobre.

El oficio de *D. Juan* es en verdad peligroso, y mas si se le une la cualidad de conspirador; es fecundo en sinsabores, y amasa terribles tempestades sobre el que lo egerce, pero tiene al mismo tiempo sus utilidades y provechos. Ni nosotros ni nadie hubiéramos encontrado mueble tan discreto como *Fanny* para encerrar nuestra correspondencia: ni nosotros ni nadie.... pero tal vez entre nuestros lectores no faltará algun *D. Juan*, porque el siglo los produce en abundancia, principalmente en las estimables clases de primeros papeles de teatro y peluqueros.

Rio-Santo leia su carta como si la devorára, y á medida que lo iba haciendo brillaban sus ojos, y rebosaba su cara de alegría, hasta que exclamó por fin con voz entusiasmada:

— ¡Diez mil! ¡diez mil corazones honrados y valientes!

Fanny que lo miraba con admiracion, como se contempla un cuadro, una composicion favorita, se estremeció al oir esta repentina salida.

—¿Quereis acaso hacer la guerra á alguien, milord? le preguntó sonriendo como burlándose de su temor, y creyéndose muy lejos de la verdad.

Rio-Santo no contestó, y le ocurrió de pronto alguna nueva idea, porque se turbó, y dijo:

—Pero esta carta tiene diez dias de fecha.... estos hombres deben haber llegado.... y yo no estoy dispuesto.

—Esa carta llegó el mismo dia que yo os entregué diez mil libras, contestó la criolla.

—Debe haber otra, repuso Rio-Santo.

En seguida vació la caja sobre la mesa, y desde luego vió dos cartas, una de Londres del mismo dia, con el sobre de igual letra que la que tenia abierta, y otra con el sello de Irlanda, que no le escitó ninguna curiosidad. Abrió, pues, la de Londres, que era como consecuencia de la primera, en que le avisaban la llegada de aquellos diez mil hombres en diversas partidas y por distintos puntos. Tenia, pues, el marqués á aquella hora en Londres diez mil irlandeses intrépidos, hambrientos, y

dispuestos á todo, y volviéndose á sentar, murmuró oyéndolo Fanny Bertram:

— ¡Oh!... ¡qué seis días perdidos!...

— ¡Qué feliz debí ser mientras creí que me amaba! dijo para sí la criolla sin quitar sus ojos del semblante de Rio-Santo.

Este se volvió á levantar y registró con rapidéz las demás cartas: las habia de todas clases, y escritas algunas en idiomas que les costaria trabajo interpretar á los miembros de la sociedad real; y el marqués, sin embargo, no era individuo de ninguna academia. Todas las leyó de prisa, y en todas encontró algun aviso importante para sus designios: todo salia aquel dia á su satisfaccion, pues cada punto del globo le enviaba un ejército contra su poderoso enemigo: por esto cuando las coordinó, viendo que como por un mútuo acuerdo, todas le prometian triunfo y victorias, se llenó de inmenso orgullo, y su altivo semblante brilló lleno de poder, porque, como el rebelde arcángel, se sentia con fuerzas para luchar con el mismo Dios.

Fanny bajó los ojos suspirando, y dijo para sí:

— ¡Cómo pude sobrevivir al día en que me convencí de que ya no me amaba!

El marqués hizo un paquete con todas las cartas, temblándole los dedos con placer belicoso, pareciéndole que eran en sus manos otros tantos rayos capaces de reducir á cenizas un imperio, y dijo sin saber qué hablaba:

— ¡Manos á la obra!

Mas en el momento de dirigirse á la puerta por donde se iba al escritorio de Edward y C.^a, le detuvo la suave voz de Fanny diciéndole:

— ¡Milord! habeis olvidado una carta.

Rio-Santo se volvió inmediatamente, y besando la mano á Fanny, que se puso pálida, dijo:

— Es verdad... Vos sois un génio bienhechor para mí, Fanny.... Velais dia y noche para guardar mis secretos, sin intentar nunca penetrarlos... Sois mi mejor amigo.

Fanny se quiso sonreír, pero se le humedecieron los ojos, pues por mas que pase tiempo, y se procure cubrir de hielo el corazón, el alma tiene recuerdos repentinos:

ella se creia desgraciada aquel dia, y miró demasiado á Rio-Santo, confiada en su desidiosa apatía de muchos meses. Le dió la carta, que él tomó y abrió murmurando con sonrisa:

— ¡Olvidárseme una carta de Irlanda!

Sin detenerse en la primera página, fue desde luego á ver la firma, y así que la descifró, su altiva fisonomía tomó un cierto aire de gravedad y respeto, y sentándose, la leyó dos veces seguidas. Decia así:

«Milord:

«Aunque nuestras opiniones sean esencialmente diversas, y diametralmente opuestas nuestras ideas sobre los medios de elevar á la Irlanda al rango que debe ocupar entre las naciones, vuestra noble adhesion y vuestro ardiente amor á la patria comun, no le pueden ser indiferentes al que está todo dedicado á la Irlanda, y al que no tiene mas pasión que la felicidad del pueblo irlandés.

«En las diversas ocasiones que he tenido el honor de conversar con V. S. sobre este asunto, no he podido menos de admirar la profundidad de vuestras miras, la estraor-

dinaria exactitud de vuestros juicios, y los grandes recursos de vuestro audaz talento. Y seguramente, milord, que si la guerra que V. S. pretendia declarar á... pudiera tener éxito favorable, lo tendria en vuestras manos, porque teneis génio para preparar, y valor para egecutar. Pero la lucha es demasiado desigual, milord: acaso llegará dia, en que se equilibre la suerte de los dos reinos, y patentes entonces los vergonzosos desafucos de la Inglaterra hasta á los ingleses, ellos mismos nos darán auxiliares en las filas enemigas, entonces se alzarà un grito general de reprobacion en todos los ángulos de Europa, que vendrá á caer como un peso acusador sobre ese gobierno infame y egoista, cuyos avaros procónsules saquean nuestra desgraciada patria.... Hasta tanto, milord, es necesario esperar: si saliéramos vencidos, seria aun mas deplorãble nuestra suerte, y si venciéramos, tendríamos que guardar consideraciones con los que fueron nuestros tiranos.

«Aunque nunca me habeis confiado vuestros designios, milord, como conozco

vuestra gran inteligencia, no puedo dejar de creer que pretendéis armar los extranjeros contra la Inglaterra: ¿y os parece que sea esto servir á la Irlanda? Yo me atrevo á considerarme tan ardiente patriota como V. S., y en este punto, la única diferencia que hay entre nosotros es, que en medio de mi grande amor á mi patria, estoy libre de todo odio sistemático. ¡Guárdeme Dios de querer la pérdida de Inglaterra, de este pueblo grande y poderoso! Para fundar, milord, no siempre es necesario destruir. Lo que yo únicamente quiero es, que la Irlanda sea libre; y vos, milord, quereis que la Irlanda, al conquistar su libertad, huelle la metrópoli, y la esclavice á su vez: V. S. tiene mucho odio.

« En la carta que me hicisteis el honor de escribirme, me pedis mi cooperacion y consejos: mi cooperacion bien sea poderosa, como lo suponeis, ó bien débil, como yo la creo, solo la tendreis, milord, adoptando el camino legal y pacífico que yo me he propuesto seguir. La Irlanda ha depositado en mí su confianza, y quiero

hacerme digno de ella del mejor modo que me sea posible; pero en el momento que querais adoptar nuestro sistema, y uniros á las filas de los campeones de la revocacion, no seré mas que vuestro ayudante de campo, ó vuestro ministro, porque tengo fe en vuestra capacidad y talentos, y creo que con un genio como el vuestro, puede obtenerse la salvacion de todo un pueblo... ¡su salvacion y su gloria!”

— ¡La revocacion! murmuró con impaciencia Rio-Santo; esta no es mas que una palabra.

¡La revocacion! continuaba diciendo la carta, como si hubiera querido responder á esta interrupcion: «Esperad cinco años, milord, diez cuando mas, y por todo el mundo resonará el eco de esta palabra fuerte, amenazadora, y tan terrible, que solo de oirla pronunciar se conmoverá la Inglaterra hasta en sus cimientos.

«En cuanto al consejo que se digna V. S. pedirme, es el siguiente: No dejéis que el odio domine vuestro patriotismo, y esperad.

«De mí no se puede sospechar, milord,

que sea demasiado paciente; al contrario, se me acusa de violento, de apasionado y fogoso, y estas acusaciones son verdaderas: al pensar en la esclavitud de Irlanda, me hierve la sangre en las venas, pero en nuestro siglo la ley es arma mas cortante que la espada, y yo quiero vencer segun la ley, con la ley, y por la ley. Mi violencia, mi pasion, mi fogosidad, pueden enmudecer: yo sé esperar....”

Rio-Santo dobló bruscamente esta carta y la echó en el fondo de la cajita.

No nos conviene escribir con todas sus letras en estas ligeras páginas el ilustre nombre que firmaba esta carta; es conocido en todo el mundo, escita un interés romancesco y grave á la vez, anda en boca de todos, y representa seguramente la gloria mas popular de nuestra época.

El entusiasmo de Rio-Santo se apagó de repente con este frio raciocinio, y se quedó algunos minutos inmóvil y sumamente preocupado: la pobre Fanny sentia haberle hecho leer esta carta, que convirtió en tristeza su alegría.

—¡Este hombre es un abogado! dijo



al fin el marqués con enfado y acritud.

En seguida volviendo en sí al punto, y como arrepintiéndose de este movimiento, añadió:

— ¡Es un genio profundo, y un gran ciudadano! pero ignora mis recursos.... no sabe....

Y pareció otra vez su sonrisa de triunfo mirando el paquete de cartas que tenia en la mano, y siguió diciendo:

— ¡No sabe que mi ejército consta de numerosos batallones esparcidos en todos los pueblos aliados ó enemigos de la Inglaterra! ¡No sabe que por todas partes.... por todas! ¡he predicado una cruzada contra la gran Bretaña!... ¡Que espere, dice!... Ya he esperado quince años.... qué es lo que él no sabe!... ¡Ah! dice bien hasta cierto punto: yo aborrezco á la Inglaterra tanto como amo á la Irlanda.... y por esto no me satisfacen sus vias legales y pacíficas, por esto quiero destruir para edificar, por esto se me hace tarde, y no quiero esperar mas....

A muy poco rato hizo el marqués de Rio-Santo que lo anunciaran en casa de su

Gracia el príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia; este acababa de vestirse para ir á la corte, y su uniforme de feld-mariscal, brillante de oro y piedras, hacia resaltar mas su brusca y selvática fisonomía. Al ver á Rio-Santo se mostró muy afable, y mandó retirar su coche, diciendo.

— Señor marqués, me causa suma satisfacción que me honreis con esta visita. Espero que hablaremos largamente.

— Vamos á hablar muy largo, en efecto, milord; contestó Rio-Santo.

El príncipe hizo una cortesía y lo condujo á un magnífico confidente colocado junto á la chimenea, en el que ambos se sentaron.

— Señor marqués, dijo el ruso, nuestro asunto marcha.... He seguido puntualmente vuestras instrucciones, y no estrañaria que dentro de dos ó tres meses...

— Príncipe, le interrumpió con mucha dulzura el marqués; con la ayuda de Vuestra Gracia, ó sin ella, todo estará concluido dentro de dos ó tres dias.

XXXXIV.

El Tártaro.

EL príncipe Dimitri Tolstoy miró sorprendido al marqués, y con el gesto que parece decir, ¿si estará loco este hombre? y despues de una breve pausa le dijo:

—Ciertamente, milord, me hallo á vuestras órdenes, pero no ignorais la lentitud de las negociaciones diplomáticas....

Hace seis dias que he comenzado una serie de operaciones....

—Será preciso que las continueis, mi-

lord, pero yo no tengo tiempo para esperar los resultados, aunque necesito precaverme contra ellos.... ¿No cree Vuestra Gracia que una promesa política puede salir fallida como un pagaré de comercio?

— Si os dignais explicaros con mas claridad....

— No por eso me entenderiais mejor, príncipe, porque ya me entendeis perfectamente.... pero puede Vuestra Gracia tomarse tiempo para reflexionar.... Reflexionad, milord.

El ruso conoció que lo mejor era aproximarse del permiso, y despues de un breve rato dijo con verdadero mal humor:

— A fe mia, milord, que aunque me tengais por de talento obtuso y ciego, confieso que no os entiendo.

— ¡No quiera Dios que dude yo de vuestra palabra, príncipe! Voy á explicarme.... Entre cómplices, milord, debe haber franqueza.

Tolstoy contuvo un gesto de violenta negativa, y el marqués prosiguió:

— Cómplice, ó.... colaborador, si os parece mejor, la espresion importa poco,

y estoy persuadido de que no negareis la parte que os cabe en una obra, que honra con su aprobacion el emperador vuestro amo... Vamos al asunto. Creo haberos dicho ya que el ataque en que me vais á ayudar no es mas que una pequeña parte de mi plan de campaña.... y por lo tanto, no es lo principal obtener un resultado efectivo y completo, sino uno, que real ó ficticio, se pueda combinar con otros, y contribuir por su parte á la lucha que se va á empeñar. Mas tarde, cuando se avance mas y circunvalen los estados europeos á la Inglaterra, á este inmenso almacen, con una barrera que no deje salir sus productos, no será inútil, porque el coloso no puede caer de un golpe solo; pero en la actualidad solo se trata de una apariencia, una fantasma, una amenaza.... ¿ Me vais entendiendo, milord?

— Mejor lo entenderia, señor marqués, si os esplicarais mas.

— Está bien. Quisiera yo, milord, que eso que Vuestra Gracia cree poder conseguir de los ministros de las otras potencias dentro de dos ó tres meses, fuese

mañana el asunto de todas las conversaciones de la bolsa.

— ¡Cómo, señor marqués! ¡se había de hacer público en la bolsa un proyecto de esa naturaleza!...

— Lo quisiera, milord.

— Pero Vuestra Señoría no tratará de que se comprometa el nombre del emperador.....

— Sí por cierto.... el nombre del emperador debe pronunciarse... Es cosa que tengo por absolutamente indispensable.

— Pues yo la tengo por absolutamente imposible: replicó el príncipe con firmeza.

— No quedamos en eso en nuestra última entrevista, milord, porque la carta del emperador....

— ¿Pues qué se os figura que S. M. I. pueda consentir el imprudente paso que me proponéis? exclamó el ruso.

— No, milord, no por cierto, contestó el marqués con frialdad é indiferencia; no puedo creerlo; S. M. I. es demasiado buen político para....

El ruso se levantó y empujó una silla que tenía á su lado, y dando rienda suelta

al furor contenido desde la anterior conferencia, y á la cólera que le produjo esta respuesta, dijo:

—Entonces, señor marqués, lo que me proponéis es un insulto manifiesto....

—¡Sosegaos, príncipe, sosegaos! repuso Rio-Santo con mucha seriedad; vuestra fidelidad no puede inspirar la menor duda.... Nunca ha tenido S. M. mas seguro.... mas intachable servidor....

Tolstoy se contuvo otra vez, y se notó una especie de terror instintivo en sus ojos, que ocultó al momento debajo de sus espesas cejas, y dijo con bastante serenidad.

—Milord, yo creí.... pensé.... acepto con mucho gusto las esplicaciones de Vuestra Señoría.

—¿Y comprende ya Vuestra Gracia el objeto de mi visita?

Tolstoy interrogó con la vista la fisonomía del marqués, y la completa calma, y casi indiferencia que observó en ella, le hizo al parecer cambiar otra vez el curso de sus ideas, y contestó con tono resuelto:

—No, milord, no. La carta de S. M. que se halla en vuestro poder....

—Es esplicita y terminante: consideradlo bien, príncipe.

—¡Pero no tanto que autorice una traicion, milord!

Rio-Santo afectó una sonrisa involuntaria, y replicó:

—Concibo bien que Vuestra Gracia mire con horror hasta el pensamiento de una traicion.

—¿Qué es lo que quereis decir, milord? repuso Tolstoy con ademan amenazador: esta es la segunda vez que me hablais con ese tono irónico....

—De ningun modo, milord; tranquilizaos, os ruego.... jamás os he hablado con tanta seriedad.... Decia que concibo bien que Vuestra Gracia mire con horror hasta el pensamiento de una traicion, porque tengo entendido que una vez no os salió bien la traicion.

Tolstoy se puso pálido de rabia, y sus bigotes, levantados por los extremos con una amarga y convulsiva sonrisa, dejaron ver la larga fila de sus dientes blancos y agudos como los de una fiera: tomó de pronto una actitud parecida á la del tigre

próximo á lanzarse sobre su presa, y preguntó con voz sofocada:

— ¿Quién os ha dicho eso?

— Nadie.... yo lo he sabido.

— ¿Y cómo lo habeis sabido?

Rio-Santo, oponiendo á la brutal viveza de Tolstoy una cortesía ceremoniosa y exagerada, contestó:

— Es una anécdota muy curiosa, que tendré gran gusto en contarla á Vuestra Gracia.... Si mal no me acuerdo, me hallaba yo en Petersburgo en 182.... bajo el nombre de conde Policeni....

— ¡Policeni! repitió Tolstoy.

— Sí.... yo he solido usar de varios nombres.... En aquella época habia un caballero jóven, bastante bien relacionado en la corte, el conde Spraunskow, que por varias causas fue acusado de alta traicion.

— Pero fue juzgado, milord, contestó Tolstoy con agitacion, juzgado y absuelto de esa calumniosa imputacion. Os equivocais, si pretendéis deducir alguna consecuencia de este triste acaecimiento.

— El conde Spraunskow fue absuelto por falta de pruebas, milord.

—A la calumnia siempre le faltan pruebas, señor marqués.... ¡Y por san Nicolás! El conde *Spraunskow*, elevado á príncipe *Tolstoy*, no lleva menos erguida la cabeza por haber sido falsamente acusado en otro tiempo.

—Cada uno lleva la cabeza como le parece, milord.... Decia pues, que *Vuestra Gracia* fue absuelto por falta de pruebas....

—¿Y qué pretendeis deducir de ahí? preguntó *Tolstoy* con arrogancia.

—Si *Vuestra Gracia* quiere permitirme, continuaré mi anécdota... En aquel tiempo obsequiaba el conde *Spraunskow* á una linda italiana.... muy linda por cierto, milord, no lo puedo negar.... llamada la signora *Pallianti*....

—Es muy cierto, dijo el ruso.

—Yo no sé cómo fue.... pero *Spraunskow*, hallándose preso, se arrepintió sin duda de haber hecho demasiada confianza de su querida, cuyas revelaciones temia, y lo que es peor, la entrega de cierto depósito.... de documentos importantes.... de pruebas en fin....

— ¡Pero señor! empezó á decir el embajador....

—Permitidme, milord, repuso tranquilamente Rio-Santo: pruebas, decia yo.... Sí por cierto.... Parece que la signora Pallianti, estuviera ó no en el complot, tenia en su poder las escrituras, los estados, los libros de la conspiración en partida doble.... Porque todavía se hace así en Rusia, están en la infancia del arte. ¡Oh, milord! estoy seguro que no cometeria hoy el príncipe Tolstoy semejante ligereza!

— ¡Pero, señor, señor! ¿me quereis decir?...

—Permitidme, milord.... dijo otra vez Rio-Santo, el conde Spraunskow quiso reparar su ligereza con una indiscrecion, y escribió una carta á Laura.

— ¿Pero habeis sido acaso su amante? exclamó Tolstoy fuera de sí.

— ¡Con efecto, milord! contestó Rio-Santo con tanta satisfaccion, que pasó casi desapercibida tan necia respuesta: eso es cosa tan pequeña, que Vuestra Gracia no puede exigir que me acuerde con exactitud.... Fuera de esto, si acaso tuve esa

dicha, debió ser en la época de que hablamos, porque la carta del conde vino á mi poder.

— ¡Qué infamia! murmuró Tolstoy, ¡mientras yo estaba preso!...

— No creo haber dicho, le interrumpió Rio-Santo, que la signora Pallianti aguardara á que estuvierais preso.

Esta frase la terminó con un ligero saludo, acompañado de una benévola sonrisa. El ruso, escesivamente vano como todos sus compatriotas, sintió vivamente este último golpe que le hería en sus caras pretensiones, y se levantó segunda vez trémulo, y dió un paso hácia el marqués; éste sin perder su sonrisa, le dirigió una mirada soberana, que hundió la ardiente pupila de Tolstoy bajo el rojo pelo de sus fruncidas cejas, y se detuvo vacilante entre su rabia y un supersticioso movimiento de terror. Le ocurrió en aquel momento la idea de que el hombre que tenia delante ejercia un poder sobrenatural.

Rio-Santo se puso de codos sobre el brazo del confidente, y siguió diciendo:

— Sí, milord, como os lo digo, la carta del conde **Spraunskow** no fue solo para la signora, porque de sus manos pasó á las mias....

— ¿Y la leisteis, señor marqués?

— Cometí esa indiscrecion, milord.

Tolstoy prorumpió en una blasfemia, y empezó á dar vueltas por el cuarto murmurando terribles imprecaciones: **Rio-Santo** parecia no hacer caso de aquel furibundo paseo, durante el cual tuvo el señor embajador la humorada de hacer pedazos, contra los adornos de la chimenea, una estátua de mármol de la **Taglioni**, que habia comprado el dia antes en cien libras, con lo cual se desahogó visiblemente. Al cabo de unos instantes, dijo afectando un tono desembarazado:

— A fe mia, señor marqués, que aun no sé á qué juego estamos jugando esta noche, pero por lo demás, ¿qué me importa á mí todo eso? Supongo que no pensareis que tengo celos de la signora **Pallianti**, y por lo que hace á mi carta, os da derecho para tenerme por culpado, pero nada más.

—Permitidme, milord, repuso Rio-Santo con seriedad, Vuestra Gracia está equivocado; hay otra cosa.... sino fuera mas que eso, tendria poco chiste mi anécdota, y me veria precisado á terminarla con alguna máxima comun, como por ejemplo: es un loco el que fia su secreto á una muger, pero repito que hay algo mas, milord.

—¿Pues qué mas hay? murmuró el príncipe.

—Hay que he venido á veros con un solo objeto.... que mi pretension ha sido desechada, y que vuelvo á la carga.

—Es inútil, señor marqués, dijo Tolstoy con impaciencia.

—Perdonadme, milord, no solo no es inútil, sino que es absolutamente indispensable que hagais lo que os pido.... Me será preciso deciros, que toda mi vida he tenido una rara manía.... Os la recomiendo, milord, porque me ha dado siempre buenos resultados.... Esta manía consiste en aprovechar todas las ocasiones de profundizar cualquier secreto, sin cuidarme de si me podrá ó no servir lo que sepa....

A esto, milord, llamo yo sembrar la fortuna.... y cuenta que no conozco campo mas fértil: la cosecha suele ser á veces tardía, pero de pronto y cuando menos se piensa brota la simiente, y los frutos esceden las mas lisongeras esperanzas.

Tolstoy tenia el corazon oprimido por una vaga inquietud, viendo que Rio-Santo le habia descubierto el punto vulnerable, y no sabiendo cómo parar sus golpes. Estaba en pie y con los brazos cruzados delante del marqués, que seguia sentado con abandono en el confidente, y su toseco semblante denotaba grande ansiedad mezclada con su natural energía. Rio-Santo prosiguió con voz muy sosegada:

—No quiero haceros padecer mas, milord. Despues que leí la carta, me entraron grandes deseos de ver las pruebas que habiais confiado á la signora Pallianti.

—¡Imprudente! ¡imprudente, necio de mí! exclamó el príncipe colérico y culpándose á sí mismo.

—No me hubiera yo atrevido á aplicar ese último epiteto á Vuestra Gracia, repuso Rio-Santo. La signora resistió al

pronto satisfacer mi curiosidad, y debo añadir, milord, que resistió lo menos cinco minutos: pero como toda defensa por valiente que sea tiene un término, cedió al fin, y tuve en mi mano aquellos famosos documentos, por los que vi que estabais afiliado en las sociedades secretas de Alemania... Por vida mia, milord, que jugais en Rusia con todas las reglas el terrible juego de las conspiraciones: nada faltaba en vuestro depósito; se podia decir que era un legajo de Catilina.... arengas, juramentos escritos con sangre, y hasta la lista especificada de los conjurados....

Rio-Santo se echó á reir, y Tolstoy se mordió los labios, y preguntó con timidez, sin poder casi respirar:

—¿Y qué hizo Vuestra Señoría con todos aquellos papelotes?

—Se los devolví á la signora, milord.

El príncipe exhaló un ardiente suspiro, levantó la cabeza, y con voz contenida, pero muy próxima á convertirse en provocadora y amenazante, dijo:

—¡Ah! ¿con que los devolvisteis á la signora?

— Sí, por vida mia, milord.

— ¿Todos?

— Casi todos.

Tolstoy retrocedió un paso como si le hubieran dado un golpe en el pecho, y Rio-Santo prosiguió con su implacable cortesía:

— No me quedé mas que con uno, milord.... con uno solo, y el mas pequeño de todos: tres líneas tenia únicamente escritas y firmadas con sangre.

— ¡El juramento! tartamudeó Tolstoy anonadado.

— Precisamente, milord.

— El juramento en que.... ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— El que jurabais clavar el puñal en el pecho de S. M.... La jóven Alemania no se anda por las ramas.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! volvió á decir el pobre tártaro, que se habia quedado hecho un niño con este golpe mortal é imprevisto.

— Milord, repuso el marqués, ¿cómo me habia yo de figurar entonces que el conde Spraunskow, prisionero de estado,

que confiaba sus secretos de vida ó muerte á una aventurera, habia de llegar á ser un dia la flor y nata de los diplomáticos europeos.... La fuerza del hábito fue lo único que me impulsó... sembré la fortuna... y ya ha llegado la cosecha, como veis.

Tolstoy al pronto nada dijo, porque se habia dejado caer abatido en un sillón, próximo á desmayarse, y viendo mil figuras estrañas y amenazadoras: veia los lóbregos calabozos de las casamatas, los hielos de la Siberia, la cuchilla afilada del verdugo.... Al cabo de unos minutos hizo deslizar el sillón por la alfombra, y acercándose á Rio-Santo, le dijo en voz baja:

—¿Conservais ese papel, señor marqués?

—Cosas como esa siempre se conservan, milord.

Tolstoy, con una mirada que brillaba por debajo de sus prominentes cejas, parecia como calcular las probabilidades de una lucha con Rio-Santo: éste lo conoció perfectamente, pero sin inmutarse lo mas mínimo.

—¿Y lo teneis abí? repuso el príncipe.

—No por cierto, milord.

Los dientes del tártaro se clavaron en sus carnosos labios, y se apagó todo el fuego de su mirada.

— No por cierto, volvió á decir Rio-Santo. ¿Se lo figuraba Vuestra Gracia?... ¿Cómo es posible encontrar cartera capaz de contener los muchos talismanes de esa clase que he ido recogiendo en el curso de mi vida?... Vuestro juramento está donde debe.

— ¿En dónde? pregunto el principe sin esperar obtener contestacion.

— En San Petersburgo, milord.

Tolstoy dirigió á Rio-Santo una mirada de odio reconcentrado, y estrechándole convulsivamente la mano, le dijo:

— Señor marqués, Dios os libre de caer alguna vez en mi poder, como yo estoy en el vuestro... Mandad y obedeceré.

-----V.

El almacén de aguas gaseosas.

EL marqués de Rio-Santo dejó su actitud negligente, y cambiando de tono, dijo en seguida, mirando el reloj:

—Muy poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord; voy á deciros lo que espero de vuestra bondadosa complacencia, y lo que de ello resultará.

—¡Eh! señor marqués, replicó el ruso con impaciencia y mal humor: en cuanto á lo que resulte, es cuenta de Vuestra

Señoría, y no me apuro por ello.... Habéis sabido *sembrar la fortuna* tan bien, que al fin conseguireis vuestro objeto á despecho de vuestros mismos aliados.

— No me aprovecho de esa confesion, milord, dijo Rio-Santo con mucha seriedad, porque deduciria de ella que debo contar decididamente á Vuestra Gracia entre mis enemigos....

Tolstoy quedó callado, y el marqués, acentuando y marcando mucho sus palabras, prosiguió:

— Los Kutusow tienen favor en la corte, y son enemigos vuestros, milord.... El que pusiese en sus manos el papel de que hablamos, ¿qué os parece? ¿lo recibirian bien?

Con esta amenaza se contrajo la fisonomía del tártaro, y violentándose mucho, dijo:

— Os encarnizais con un vencido, señor marqués: os repito que habéis, y obedeceré.

— Y os costará poquísimo, milord. La voz sobre la prohibicion de los productos ingleses se esparcirá mañana en la bolsa;

yo me encargo de ello: lo único que tenéis que hacer es lo siguiente: cuando alguno de los jugadores á la alza vaya á preguntaros, negadlo, pero de manera que vuestra negativa pueda interpretarse como una afirmacion.... ¿entendeis, milord?

— Me basta, dijo el príncipe: quedareis servido.

— ¿Y no desea Vuestra Gracia saber el objeto de esto?

— No, milord.

— Pues tendria mucho gusto en haceros la confianza. La baja de los fondos será repentina y violenta, tanto mas cuanto que con esa fatal noticia coincidirán otros rumores.

— ¡Ah! dijo el príncipe recobrando la curiosidad diplomática.

— Sí, milord.... El gobierno ha recibido en estos últimos dias, y aun hoy mismo, avisos con noticias muy desastrosas...

Rio-Santo sacó el paquete de sus cartas, y recorriéndolo, continuó así....

— Los Affghanistanes han destruido y saqueado tres establecimientos de la compañía....

— ¡Bagatela! dijo el príncipe.

— Permittedme.... el Sindhy en masa se ha alzado en armas, movido por agentes desconocidos, que se suponen procedentes de Europa.....

— ¡Ah! dijo Tolstoy otra vez.

— El alto Canadá está en completa revolucion, y las tropas reales han sido batidas en dos encuentros.

— ¡Oh! ¡oh! ¿y quién ha promovido esa revolucion, señor marqués?

— Agentes ocultos.... personas procedentes de Europa....

— ¡Ah! exclamó por tercera vez ¡Tolstoy, viéndose en su fisonomía temor y respeto.

— En el celeste imperio acaba de prohibir el emperador con pena de la vida la introduccion del opio.

— ¡Bravo! exclamó involuntariamente el ruso: ¿y quién diablos ha inspirado á ese mentecato idea tan escelente?

— Agentes, milord, personas enviadas de Europa.

— Sois un político eminente, señor marqués; murmuró el embajador.

—Otra cosa: los Estados-Unidos promueven pretensiones sobre el Oregon; hablan de guerra, y amenazan....

—¿Y sois vos tambien?...

—Milord, Vuestra Gracia tiene la bondad de atribuírmelo todo á mí, pero creo que basta la codicia de los americanos para explicar tamaña cosa.... Se dice, sin embargo, que agentes enviados de Europa....

El ruso dió una gran carcajada, con que dejó ver sus largos y afilados dientes, y lo interrumpió diciendo:

—Todos esos agentes me huelen á comisionistas políticos vuestros, enviados allá para sembrar la fortuna....

—Segun veo, os ha chocado la espression, dijo el marqués: pues aun hay mas... Se ha formado en Irlanda un partido numeroso, que separándose de los campeones de esa política pacífica, de peticiones inofensivas, y de contempORIZACION, cuyo apóstol es Daniel O-Connell, desea sacudir efectivamente el yugo, y arriesgar sus derechos al trance de una batalla.

—Esperaba por vida mia este último

rasgo, dijo Tolstoy: Vuestra Señoría nada ha descuidado.

— Aquellas buenas gentes, milord, repuso Rio-Santo, creen que el grande agitador confía demasiado en sus medios legales; dicen que á su corazon cristiano y leal le repugna demasiado tal vez apelar al último recurso de los pueblos oprimidos, y que Daniel O-Connell, á pesar de su gran genio, se hace ilusion creyendo que se puede conquistar la libertad de una nacion con medios legales. La ley inglesa tiene testos para todo, ¿y no podria suceder que mientras él contemporiza inutilizase sus proyectos un jurado corrompido sumiéndolo en un calabozo?

— Esas buenas gentes piensan perfectamente, señor marqués.... ¿Hay algo mas?

— No, milord; fuera de algunos desastres de poca importancia, que no llamarán la atencion por el desconcierto del gobierno, no hay mas que eso.

Rio-Santo volvió á guardar sus cartas, y añadió:

— Se me olvidaba, sin embargo, deciros, que está muy debilitado el crédito de

la compañía, porque mas de la mitad de sus agentes en la India se han fugado simultáneamente de resultas de una especie de epidemia de bancarrotas que les ha acometido....

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! exclamó Tolstoy frotándose las manos; ¡ese es el complemento de todo!... Por san Nicolás, milord, que si como trabajais para un objeto que no comprendo y me alarma, fuerais un agente de S. M. os serviria de criado.

— Muchas gracias, milord, pero eso no es el complemento.... Lo que lo completa todo es la operacion de crédito en que vais á tener la bondad de ayudarme.... una sola puerta le quedaba abierta á la Inglaterra por donde dar salida á su inmenso comercio, atacado en las cuatro partes del mundo, á saber: la Europa.... Por esta parte me servirá Vuestra Gracia de centinela....

— El golpe que preparais podrá completar el desastre....

— La baja de mañana.... ó de pasado, porque me falta una noticia que ha de fijar el día.... tendrá toda la apariencia de una

bancarrota, y no lo dudareis, milord, cuando sepais que tengo portadores por mas de quinientas mil libras.... Y me consta que la tesorería no tiene mas de un millon.

—Pero está ahí la compañía de la India, dijo el príncipe.

—La compañía en este momento no puede dar nada.

—¿Pero y el banco?

—¡El banco á esta hora en que hablamos estará con nosotros, y no pagará sino por nosotros.

—¡Cómo es posible eso! dijo Tolstoy admirado.

Rio-Santo se levantó, y saludándolo para despedirse, añadió:

—Sobre ese punto no puedo satisfaceros, milord.... Mañana tendré el honor de daros noticias mias.

—Espero vuestras órdenes, señor marqués.

Tolstoy lo acompañó hasta la puerta, siguió con la vista su magnífico coche, sin manifestar ya su semblante el menor odio, y volviendo á entrar despacio, dijo entre dientes:

— Es inútil pelear con este hombre; mas vale ir con él.... ¡Voime á palacio, porque por san Nicolás que puede muy bien ser esta mi última visita!

Al doblar la esquina el coche de Rio-Santo se paró para que se apeara el cochero y se marchara, y ocupando su lugar Greb, soltó á galope los cuatro caballos sin preguntar nada.

El caballero Angelo Bembo habia desempeñado entretanto una parte de su comision, y reunido á los lores de la noche, despues de lo cual marchó á la calle del Príncipe. En el ángulo que forma esta calle con Poultry, enfrente de la entrada de Cornhill, habia una casa baja, pequeña y acabada de pintar de amarillo, que ocupaba la mitad del sitio en que está ahora el hermoso almacén de naranjas y piñas de Indias de Poultry y la calle del Príncipe, y á ella se dirigió Bembo. Su aspecto era decente y tranquilo, y manifestaba ser la habitacion de algun cuáquero ó de un presbiteriano escocés de los mas rígidos, que se alimentan con textos del evangelio, y que en la inocencia de su corazón

sueñan con reyes decapitados y otras bagatelas. Con el solo objeto de sostener la carne y no dar entrada á las tentaciones del demonio de la ociosidad, se mantenía un corto comercio de aguas gaseosas, siendo muy pocos los concurrentes, pues el aspecto grave y taciturno del amo de la casa, ó por mejor decir, de los amos, porque eran dos personas las que habia en el mostrador, mas bien alejaba que atraía parroquianos, y á no ser por el criado, ó mozo de bodega, largo y seco irlandés, de mediano carácter, nadie hubiera aportado por ella. Mas esto le importaba muy poco al devoto Jedediah Smith, que poco adicto á las frivolidades del mundo, pasaba su vida segun decia, «ocupado con las cosas del espíritu, mortificando la carne, é invocando fervorosamente la ira de Dios sobre la gran prostituta sentada sobre siete colinas.»

Este apocalíptico lenguaje le habia valido el trato de mistriss Foote, mistriss Bull, y otras cinco, cuyos nombres han sonado ya mas de una vez en los oídos de nuestros lectores. La sexta, mistriss Bloom-

berry, se surtia tambien en aquella tienda, pero es justo confesar que solo la llevaban allí los seis pies del irlandés, de agradable fisonomía, sombrero de copa baja, frac azul muy limpio, calzones de color de gamuza, y zapatos bastos con hebillas y su lustre. Pero ¡ay! el tal irlandés tenia en otra parte sus amores, y la desventurada mistriss Bloomberry bebia en valde cantidades inmensas de aguas gaseosas!

Bembo iba de prisa, y entró precipitadamente dentro de la tienda, donde Mr. Smith, que leia en alta y gangosa voz un capítulo de la Biblia, interrumpiendo su lectura, pero sin levantar los ojos protegidos por una enorme pantalla verde, le dijo:

—¿Qué se os ofrece?

—Mayor, contestó Bembo, vengo de parte de Mr. Edward....

Mr. Smith cerró de prisa la Biblia y le dijo:

—¡Callad, señor, callad! Llamadme Jedediah Smith.... Esta es una casa pública, como veis....

—Pues bien, señor Jedediah Smith,

replicó Bembo; vengo á saber con exactitud el estado de los trabajos....

—Hablad mas bajo, señor.... ¿Los trabajos? Dios ha bendecido nuestros esfuerzos y nos hallamos á estas horas muy cerca del fin.

—Milord desea una noticia mas positiva.

—Pues milord quedará satisfecho.... Tomaos la molestia de sentaros un instante.

Jedediah le alargó su Biblia, como suele darse un periódico para entretener el tiempo cuando hay que esperar, y tiró con fuerza del cordon de una campanilla que no se oyó sonar. Bembo se habia sentado advirtiendo que tenia prisa, y al cabo de un minuto se oyó el paso grave y mesurado de una persona por los escalones de la bodega.

—¡Vamos, mozo, vamos! gritó Mr. Jedediah Smith.

—¡Ira de Dios! ¡qué diablo! contestó una voz vigorosa; aquí estoy, insufrible comadre, mi querida señora Bloomberry, porque solo puede ser ella la que venga,

con mil demonios á esta hora intempestiva por su azumbre de aguardiente.

—El libro dice: no blasfemarás, replicó Mr. Smith con la voz mas gangosa posible.

—¡Que Dios me confunda, señor Smith! dijo el buen capitán Paddy O.Cbrane, asomando su flaco cuerpo tan lentamente por la puerta de la escalera, que parecia que no habia de acabar de salir. ¡Que Dios me confunda, señor! Si el libro dice eso, es un buen libro, y sobre todo ¡mal rayo me parta! no veo á la buena señora Bloomberry, ¡miserable cuba de té!

—Mistriss Bloomberry no está aquí, Paddy, ni yo quisiera que viniese nunca, porque temo que la trae solo el aguijon de la carne....

—¡Qué diablo! dijo el capitán haciendo un gesto.

—¡Os he llamado, repuso Mr. Smith, para que respondais á este caballero.

Paddy se volvió hácia Bembo, le hizo un saludo militar, estendiendo al mismo tiempo sobre la manga izquierda de su frac azul el paño blanco, distintivo de su aparente profesion, y preguntó:

—¿Y qué quiere este honorable caballero?

Bembo le repitió lo que había dicho á Mr. Smith, y Paddy, enderezándose, y tomando el aire que ya le conocemos, de un hombre convencido de su propio mérito, tiró con desden el paño, y dijo:

—De manera es, ¡por Satanás! ¡Dios me confunda como á un pagano! que bien puedo informar á este caballero.... Porque está hablando, no con un mozo de taberna, sino con el capitán Paddy O.Chrane, de la corbeta *Arenque*, ¡mil rayos! de la casa de Gween y Gween de Carlisle, ¡ira de Dios!

—No se trata de eso, dijo Mr. Smith, sino de que respondais á este caballero.

—¡Qué le responda, cuerpo de Cristo! ¡qué le responda!... gritó el capitán: no deseo otra cosa, ¡así me vea asado por una eternidad!...

—El libro dice, no blasfemarás, murmuró Mr. Smith por la fuerza de la costumbre.

—En hora buena, señor, ¡qué diablo! ¡en hora buena! el libro nada dice, vos

sois quien le haceis hablar.... Por vida del diablo, que quisiera saber, á fe mia, ¡mal rayo me parta! á quién puede perjudicar eso, señor!... En cuanto á la pregunta de este caballero, nadie puede responder como yo, por vida mia, como no sea la estúpida mole de carne y hueso, de cerveza y ginebra, el digno Saunder el Elefante.... Y aun, aun, ahorcado me vea yo, si tiene Saunder la cortesía y modales necesarios para contestar con decencia á este caballero.

Bembo dió una patada en el suelo con impaciencia, y dijo:

—Mirad, que tengo mucha prisa.

—¡Oh, qué diablo, señor, por qué no lo deciais desde luego.... ¡Está bien! la cosa va despacio, porque no se ganó Zamora en una hora, ¡vive Dios! ¿sabeis que de aquí á lo interior del Banco hay un buen pedazo?... Saunder es un animal estúpido, pero buen muchacho.... trabaja y bebe en conciencia.

—Pero en fin, ¿adónde llega ya la mina? dijo Bembo.

—¡La mina, señor! el agujero que-

reis decir, ¡por Satanás!... A fe que está ahí debajo de vuestros pies y de los míos, ¡mal rayo! y de los de Mr. Smith, que parece está comiendo evangelios, ¡así el diablo me lleve!

—¿Y no podré bajar con vos á él?

—¿Si podreis?... Creo que sí, señor, aunque ordinariamente nadie mete allí la nariz mas que yo.... ¿Qué decis á esto, señor Smith?

—Este caballero viene de parte de Su Honor, contestó aquel.

—¡Ah! ¡qué el diablo se acueste conmigo! exclamó Paddy, quitándose respetuosamente su sombrero de copa baja, soy muy servidor vuestro, y de quien os envia.... Por vida mia, que esto muda de especie.... El agujero, puesto que lo quiere saber Su Honor, casi llega ya, y sino miente la brújula, nos faltarán unos tres pies para salir gallardamente á las cuevas del Banco.... Y ¡vive Dios! que ya es tiempo, porque esa pobre criatura de Saunder, ¡estúpido mentecato! no meneá mas que una ala, y huele á cementerio desde una legua.... Contad, caballero,

con que hace nueve meses que vive debajo de tierra como un topo, y en ese tiempo se ha sorbido mas licores que los que se necesitan para emborrachar diez cristianos.... ¡Así Dios me condene!... quiero decir, así os salve á vos y á mí, caballero.... ¡y á Mr. Smith tambien!... Mas, puesto que venis de parte de Su Honor, creo que la consigna no habla con vos, y si quereis ver el agugero....

Bembo no pudo resistir á su mucha curiosidad, y dijo:

— De ese modo podré dar á Su Honor noticias mas exactas y positivas: acepto vuestra oferta, capitán.

Paddy se estiró, pronunció como por via de preparacion un ¡Dios me condene! que hizo estremecer á Mr. Smith, y echó á andar paso ante paso, siguiéndolo Bembo. Bajaron una escalera corta que terminaba en una especie de almacen de aguas gaseosas, parecido á los del comercio verdadero, el cual atravesó el capitán sin detenerse, y separando en el extremo opuesto un gran tonel que ocultaba una puerta, en donde daba principio el agu-

gero abierto por Saunder el Elefante, entró diciendo:

— ¡Por Satanás! señor, perdonad que pase primero, porque estoy en mi casa.



LIBRO VII.

Saunder el Elefante

EN 183.... figuraba en el circo de Ast-
ley un hombre llamado Saunder Mass,
ó Saunder el Elefante, que era por sus
extraordinarias fuerzas la admiracion de
cuantos lo veian: habia nacido en Namur,
y su nombre verdadero era Alejandro, de
colosal estatura, gigante linfático, torpe y
estúpido, una falsificacion Belga de Go-
liath. Contábanse de él cosas de fuerza
sorprendentes, y ya le oimos decir á Snail

que levantaba un caballo; hecho que aunque no nos atrevemos á asegurar por no hacer agravio á la memoria de Milon de Crotona, se encontrarían testigos que lo afirmarían con juramento en la *Pipa y el Jarro*, en la *Muestra de Sakspeare*, y aun en las *Armas de la corona*, entre los parroquianos de la rubia mistriss Burnett.

Sea de esto lo que fuese, Saunder era uno de los personajes de mas popularidad en Lóndres en la primavera de 185.... año anterior á la época de nuestra historia, cuando de repente se vió la honrada concurrencia del circo privada de su favorito, que desapareció tan completamente, que nadie pudo descubrir el menor rastro de su paradero. Este repentino eclipse causó mucha admiracion y fue objeto de la conversacion del populacho varios dias; al director del circo le costó una enfermedad y el tabernero de Lambeth que vivia por la insaciable sed de Saunder, tuvo que cerrar su tienda. Mientras tanto él estaba muy á su gusto en compañía del capitan Paddy O-Chrane, que tuvo con este motivo una francachela de tres dias, reemplazando

la cerveza con ginebra pura, para brindar, como él decia, por esa masa estúpida, el digno y buen muchacho Saunder. Esta tenia lugar en la casa de la esquina de la calle del Príncipe, que se acababa de arreglar para tienda de aguas gaseosas, mas pasados los tres dias del festin, el capitan le entregó á Saunder varias herramientas á propósito para cavar la tierra sin sacudimientos ni ruido, y este empezó la operacion en el mismo almacén y sitio en que estaba el tonel, que separó Paddy.

Muy poco adelantó al principio, porque no conocia aquella clase de trabajo, y su escasa inteligencia no podia suplir por la costumbre, y tambien porque por precaucion, y para evitar el riesgo de llamar la atencion de los vecinos, se le prohibió romper la tierra ó los cimientos á fuerza de golpes, como se hace en toda escavacion. Lo debia hacer á la sordina, como penetra el gusano en la fruta, de manera que solo sus brazos atléticos, el extraordinario peso de su cuerpo, y la constancia en el trabajo, eran sus auxiliares para aquella gigantesca empresa. Saunder apo-

yaba en el suelo su instrumento de acero muy cortante, y lo hundia con el peso de su cuerpo, método sumamente lento, pero el mas seguro, pues nada se percibia desde la parte exterior, ni aun desde la pieza donde se fue á instalar Mr. Smith con su Biblia y su pantalla verde, y de la que únicamente faltaba el tiempo preciso en los dias de pago de la casa de Edward y compañía.

Para comprender bien lo enorme de la empresa acometida por un solo hombre, bastará decir, que no se trataba de abrir un hueco por donde pudiese entrar cualquiera á gatas: los *caballeros de la noche* necesitaban una galeria por donde se pudiera andar y correr. Desde el principio sirvió el capitan Paddy de medida viva, de forma que debia tener seis pies muy cabales de elevacion, y en cuanto al ancho, la corpulencia misma del gigante servia naturalmente de medida, pues por donde él pasaba podian entrar dos hombres de frente. Así que se taladraron los cimientos de la casa, adelantó mas la operacion, porque Saunder fue adquiriendo práctica, y cada

vez que hundia su instrumento ó pala, desprendia una masa no pequeña de tierra, la cual, así como los escombros, colocada en toneles de fácil manejo, que el mismo Paddy subia desde el fondo del agujero, se trasportaba en carros que acudian con este objeto á cargarlos de noche. Esta era la parte mas arriesgada de la empresa, porque los vecinos podian estrañar aquel inmenso tráfico en un almacén tan pequeño y de tan corto despacho, pero las tiendas de Poultry por una parte, se cierran muy temprano, y en la calle del Príncipe por otra, las grandes paredes del Banco eran frentes muy discretos. En cuanto á las patrullas de policía de la *cité* no hay que hablar, veían y pasaban de largo.

Saunders no se quejaba, por el contrario, estaba allí de muy buena voluntad, porque la fascinacion nunca se ha graduado de violencia, estaba encadenado en su agujero poco mas ó menos, como Reinaldo en los poéticos bosques de Armida: únicamente le faltaba la Armida, pero un gran tarro vidriado lleno de ginebra suplia ventajosamente por la dama hechicera.

A mas de esto, el capitan Paddy O-Chrane con su sentenciosa elocuencia, intercalada de votos y blasfemias, habia llegado á dominar de tal modo al estúpido Elefante, que este lo creia á ojos cerrados, y aquel no pensaba en inspirarle la menor idea de escapatoria, muy al contrario, le ponderaba su feliz situacion en términos que pudiera envidiar el mejor orador de la cámara baja. ¿Qué le faltaba? ¿No tenia en su agujero buena cama? ¿no comia buenas tajadas de vaca, y cerveza abundante? ¿y entre comida y comida no tenia ginebra á discrecion, y buen tabaco de contrabando? Y todo esto sin hacer cuenta con la honra de brindar con un caballero como él, antiguo capitan de la corbeta *Arenque*, de la casa de Gween y Gween de Carlisle. Habia, sin embargo, un punto en que no podian estar de acuerdo el Elefante y su guardian, porque aquel algunas veces queria saber dónde iba á parar su trabajo: en estos casos le respondia Paddy con conviccion:

—¡Rayo de Dios! encontraremos con que hacer su suerte y la mia, ¡pesado bri-

bon!... ¡que diablo!... amigo mio.... Tú tendrás, ó que el diablo nos lleve á entrambos, una casa con tres pisos en Lambeth, y todas las cargadoras del muelle, bruto maldito, querido camarada, te cortejarán, porque tendrás en tu cueva ginebra por veinte mil libras.... cerveza por mil libras.... wisky por mil libras.... y por mil libras.... ¡qué mil demonios carguen contigo!

Como este raciocinio era tan concluyente, se le hacia la boca agua al Elefante con tantos miles de libras líquidos; y los curtidos rostros de las cargadoras, que algunos meses de soledad hacian mas seductores, le sonreian bailando delante de sus lánguidos ojazos, y gruñía:

— ¡Pues bien!... ¡pues bien!... señor Paddy.... beberemos juntos.

— Sin duda, torpe avestruz, mi digno amigo, replicaba Paddy, beberemos juntos.... ó beberás tú solo.... ¡Vamos! al negocio, hijo mio, ¡llévete el diablo!

Saunder entonces hundia su instrumento con nuevo ardor, sin que se crea por esto que trabajara con exceso: tampoco se

le daba prisa, y era muy bien hecho, porque toda la elocuencia de Paddy no hubiera podido vencer su apática pereza: tenia sus horas de trabajo y de descanso, y ningun trabajador se podia, en verdad, gloriarse de ser tan bien tratado, porque trabajaba en suma ocho horas diarias y dormia diez y seis. Esto explica cómo podia Paddy ocuparse en otras tareas, y tener además tiempo que dedicar á mistress Burnett de las *Armas de la Corona*. Saunder dormia por lo comun ocho horas seguidas, y despues trabajaba cuatro sin parar, y una vez adquirida la costumbre, la observaba arreglado como un reloj: concluida la tarea, volvía á dormir, ó fumaba y bebia. Esta vida no era ciertamente tan penosa como la que llevaba antes en el circo de Astley, pero á la larga le perjudicó en extremo, porque el mucho reposo, interrumpido por un trabajo en que solo se ejercitaban ciertos músculos, unido á la viciada atmósfera subterránea, y al escesivo abuso de los licores fuertes, minó poco á poco su atlética constitucion. En una palabra, á los ocho meses de empezada la obra del

agugero, el gigante, segun la espresion de Paddy, *no meneaba mas que una ala*; y solo él hubiera podido resistir tanto tiempo aquel terrible régimen. Le llevaba 'al capitan un pie de estatura, y en cuanto á grueso, se hubieran podido hacer de su cuerpo cuatro Paddys á lo menos: su cara era bastante regular, sin la menor señal de inteligencia, pero denotaba la mas completa tranquilidad de ánimo. Debe suponerse, que, á mas de la ginebra y las cargadoras, placeres prometidos en recompensa de sus esfuerzos, tenia otro tercer motivo de paciencia, á saber, la esperanza legitima de poder dormir concluido su trabajo, veinticuatro horas diarias, si se le antojaba.

Entretanto, la obra iba adelantando, no con rapidéz, pero diariamente, y sin que se trasluciera el menor indicio de semejante empresa, cuyo buen éxito no parecia dudoso, en términos que sacando algunos toneles mas de tierra, quedaba abierto un camino ancho y espacioso desde la esquina de la calle del Príncipe hasta las cuevas del Banco, apuntalado á trechos con fuertes aros de hierro, y que por algunos si-

tios estaba á cuarenta pies de profundidad debajo del piso de la calle. Los lores de la noche calcularon perfectamente: el Elefante habia egecutado, no obstante su flojedad y pereza, lo que no hubieran podido hacer seis hombres en igual tiempo, ¡y cómo hubiera sido posible tener encerrados y debajo de tierra á seis hombres nueve meses! El dia en que Paddy O-Chrane introdujo al caballero Bembo en aquella galería subterránea, estaba ya al concluir: con la brújula se habia marcado exactamente su direccion, y Paddy, calculando sobre un plano del interior del Banco, conoció que era preciso hacerla subir, pues computaba solo de pocos pies su distancia de las cuevas. Bembo la atravesaba con facilidad porque estaba alumbrada con lámparas, sumamente sorprendido de que fuese obra de un hombre solo, y admirado de la perfecta redondéz de la bóveda iba detrás del capitan, cuando este se volvió de repente, y le dijo:

—No hay nadie que no desee, sobre mi alma y conciencia ¡vive Dios! dar á cada uno el título que le correspon-

de.... ¿Sois meramente caballero, señor?

—¿Y qué importa eso? replicó Bembo.

—¡Ah! ¡ah! ¡diablo! ¡atended!... ¡Yo soy capitán, Dios me confunda, fuego de Dios!

—Yo no soy nada absolutamente; dijo Bembo.

—¡Ah! ¡ah! murmuró Paddy llevando la mano al sombrero.... Vuestra Señoría se ha vendido, ¡vive Dios!... ¡Me alegro! con eso el pobre Saunder, miserable bribon, verá un lord antes de morir.

En seguida volvió á echar á andar, murmurando filosóficamente:

—¡Dios podrá condenarme, por los cuernos de Belzebú! pero solo un lord puede decir, yo no soy nada absolutamente.... Preciso será que yo tambien me acostumbre á decirlo.... ¡Pero no, con mil millones de áspides y de brujas!... ¡me cogieran al instante la palabra!

—No se oye nada, dijo Bembo; vuestro hombre duerme sin duda, ó descansa.

—¡Mi hombre! repitió Paddy; ¡eh! ¡eh! mi hombre no duerme, no, os lo juro por lo mas sagrado.... Mi hombre está traba-

jando, si es que se puede decir que sea hombre.... Esta no es hora de que duerma, además de que lo oiriais roncar, ¡por la salvacion de mi alma!... Mas ruido mete cuando duerme que cuando trabaja..... pero milord, ¡Dios me condene!... ¡y me condenará, mil rayos!... ya debeis oir su música.

Bembo aplicó el oido, y percibió el sordo sonido de un estertor lejano, y el capitán añadió con una blasfemia escogida que no debemos repetir.

—Precisamente le divierte eso, porque siempre lo hace.... ¡Mirad! ahí teneis su cama y su botella.

Paddy le señaló una buena cama colocada en un hueco abierto en un costado de la galería, y la botella era un cántaro vidriado en que cabrian seis azumbres. Siguieron algunos pasos mas, y empezaron á subir una rampa bastante pendiente, y el capitán parándose de pronto, y arriándose á la pared, dijo:

—Si Vuestra Señoría, ¡por vida del demonio! quiere mirar, verá á Saunder el Elefante, el bribon mas gordo y mas alto

de los tres reinos, ¡Dios nos condene!

Bembo alzó los ojos, y vió en efecto un coloso de carne maciza, que gimiendo y resollando muy fuerte, subía y bajaba los brazos á compás, pues como no había oído pasos seguía trabajando: la tierra que desprendía en grandes porciones caía en una caja que tenía delante, y que vaciaba él mismo de tiempo en tiempo en los toneles de que hemos hablado. Detrás de él, á pocos pasos, había una mesa, y sobre ella un reloj, una brújula, un nivel y algunos instrumentos de cálculo, y este era el puesto del capitán. Bembo se quedó estático al ver aquella máquina humana, cuya potencia revelaba todo su exterior: sobre sus espaldas, medio desnudas y chorreando sudor, caía perpendicular la luz de una lámpara; se veían salir y desaparecer á su vez los músculos, y sus atléticas formas escedían tanto las proporciones comunes, que Bembo creía soñar y aguardaba con temerosa curiosidad que se volviera, juzgando que la energía de su cara correspondía á las dimensiones del cuerpo. Paddy se complacía en ver su admiración, porque

Saunder era suyo, y es preciso convenir en que tan raro animal no podia mostrarse sin sentir algun orgullo, por lo que le dijo, como suele un cazador al mostrar á un amigo su mejor caballo:

— ¡Y bien milord!... por todos los diablos ¡qué tal!... ¿qué os parece mi pequeño Saunder?

— ¡Parece increíble! contestó Bembo; sin ruido.... sin golpes, va rompiendo el terreno....

— ¡Cómo un *pudding*, condenacion! ¿no es así, milord? le interrumpió el capitán. Aunque se buscara con un candil, lo juro por mi honor, por Dios y por el diablo, y así vea yo retorcido mi pescuezo por una hembra del demonio ¡mil rayos! aunque se buscara con un candil, no se hallaria un bribon mas bien cortado.... ¡Yo soy quien lo ha buscado, milord!

— Tiene trazas de estar muy cansado; dijo Bembo.

— Esta es la hora en que va á descansar ya, milord.

Al decir esto dieron las once en el re-

loj, y el Elefante soltó su pala con un sollozo de alegría.

—¡Muy bien! Saunder, ¡muy bien! gritó el capitán; sabeis contar bien, hijo mio.... ¡bebed este vaso de ginebra, pobre criatura, con mil diablos! á la salud de su señoría.

Saunder entonces se volvió, y Bembo estuvo para prorumpir en una exclamacion de sorpresa al ver su amortiguada é insignificante fisonomía, pues mirado de espaldas ofrecia uno de esos rostros que imponen respeto, y contienen al mas audáz, y de frente era solo un niño, de estatura y proporciones colosales, pero cuya falta de inteligencia y de voluntad neutralizaba su fuerza fisica. Al ver á Bembo, se llevó la mano á la cabeza como para quitarse una gorra que no tenia, cosa que en Inglaterra, donde los sombreros de los señores parece que están remachados sobre el cráneo, es mas significativa que en ninguna otra parte, y al mismo tiempo se sonrió con inocencia, y bajó los ojos con timidez. El capitán dijo entonces con enfático lacónismo:

— Es muy atento, y está bien enseñado, ¡Dios me condene!... enseñado por mí.

Saunders se tragó de un sorbo el enorme vaso de ginebra que le daba Paddy, sin que se animase nada su pálida cara, y únicamente pasándose la lengua por los labios, murmuró:

— ¡Bueno!... ¡señor Paddy, muy bueno!...

— Ya lo creo, grandísimo borracho, amigo mío, cuba de ginebra, replicó el capitán con dulzura; ¡ya lo creo, por vida del infierno!... ¿Lo habeis visto bien, milord?

Bembo hizo un gesto de compasión, que Paddy tomó por respuesta afirmativa, y dijo:

— Vete á acostar, tonel, camarada mío... Duerme bien y.... ¡llévete el diablo!... no sueñes con cosas malas.

Saunders se deslizó por entre Bembo y la pared, y al cabo de un instante roncaba ya como un ciclope. Paddy llevó á Bembo hácia la mesa, llenó dos vasos de ginebra, y le dijo:

— Ya lo habeis visto todo, milord. Aho-

ra bebo á la salud de Vuestra Señoría, ¡qué el infierno me aguarde!.. y me aguarde mucho tiempo, ¡vive Dios!

—Pero con nada de esto comprendo cuál es el estado del negocio, replicó Bembo.

Paddy, con la mayor formalidad y tono sentencioso, le dijo mostrándole un papel lleno de números bastante mal alineados:

—¡Fuego de Dios! para el cálculo, ¡qué diablo! los marinos no somos zurdos... A bordo de la corbeta *Arenque* ¡mil rayos! por vida mia que hice operaciones mas difíciles que esta.... Aquí estamos debajo de las cuevas, milord, á diez pasos del tesoro.

Como Bembo no tenia medio de comprobarlo, y el tiempo urgia, se volvió atrás, acompañándolo el capitán hasta la calle, donde le deseó cordialmente la condenacion eterna. Mr. Smith no estaba allí ya, y Bembo subió otra vez al carruaje, que lo llevó á escape hasta *White-Chapel-Road*, y apeándose en la esquina de la calle de *Osborn*, fue á pie hasta *Bakers-Row*, donde llamó á la puerta de una casa grande, que se abrió, y detrás de ella habia

dos hombres, sin armas al parecer, pero de un aspecto que indicaba podrian defenderla en caso de necesidad.

—¿Por quién preguntais, caballero? le dijo uno de ellos.

—Por el *consejo de la familia*, contestó Bembo.

—¿Quién sois?

—*Lord de la noche*.

—Vuestra Señoría viene tarde, dijo el otro hombre apartándose para dejarlo entrar: hace una hora que milores están reñidos.

Bembo subió una espaciosa escalera bien alumbrada, y entró en la gran sala en que lady Juana B..., al salir de la hedionda pocilga del *Purgatorio*, cambió las veinte mil libras de su augusto protector por el diamante de la corona. Al rededor de una ancha mesa colocada en el centro, y cubierta con un tapete verde, habia sentadas unas veinte personas, y en el testero, y en un sillón mas elevado, y parecido al trono del fingido monge con toga de seda del subterráneo de Santa María de Crewe, se hallaba el marqués de Rio-Santo.

El caballero Angelu Beubo.

No solo era parecido aquel asiento al del superior de los falsos monges de Santa María, sino que entre esta reunion y la orgía de aquellos bandidos habia además otros puntos de comparacion, y es indudable que si Frank Perceval hubiera entrado allí de repente, habria reconocido varias caras, y mas de una voz lo hubiera hecho estremecer. Al rededor de una mesa habia sentadas, como hemos di-

cho, unas veinte personas, casi todas de muy fina apariencia, y con los modales y maneras de la alta sociedad aristocrática, pues aunque es cierto que algunos habian logrado introducirse en ella con nombres supuestos y títulos falsos, los demás le pertenecian por su cuna, y habian pasado por todos los grados del vicio, cuyo término es el crimen. Eran casi todos pícaros de distincion, y haremos de ellos una ligera reseña, dejando aparte al marqués de Rio-Santo, cuya historia no se puede reasumir en un capítulo.

Sentado á su derecha estaba el doctor Moore, considerado generalmente como su amigo y confidente. Despues de éste, á quien ya conocen bastante nuestros lectores, seguia un caballero de noble continente y militar aspecto, que en la discusion hablaba resueltamente, y algunas veces intentaba, pero en valde, hacerle frente al marqués. Era sir Jorge Montalt, coronel del regimiento de.... tan conocido por su finura y liberalidad, como por sus inmensas deudas, que habiendo disipado un patrimonio de quinientas mil libras, y que-

dado reducido á los bienes vinculados, gastaba con una profusion escandalosa, la cual habia sido causa de que se hiciese ladron, despues de haber sido robado; pero esta historia es ya muy vieja.

Venia en seguida el banquero Fauntlevy, que debia algunos meses despues llamar la atencion de todo Lóndres, y reunir en derredor de su patíbulo lo mas brillante de nuestros salones. Era íntimo amigo de un hermano del rey, y considerado en todo el West-End con razon, porque no habia hecho perder un maravedí á su noble clientela; únicamente el comercio lo podia querer mal, pero el que estuviese inscrito entre los pares ó barones del Reino Unido nada tenia que temer de este raro ladron. Bien parecido, jóven, rubio, con sonrisa afeminada, y elegante talle ajustado en un frac negro de rigorosa moda, era tan espléndido como sir Jorge, y su casa de Pimlico hacia sombra al palacio de san James: su proceso constó de catorce mil folios: el hermano del rey lo visitó en la cárcel, y solicitó su indulto; pero eran catorce mil folios, y fue ahorcado el bri-

llante banquero. Todavía, lectores míos, podeis encontrar en Lóndres mas de una lady de treinta y.... años, que lleva al cuello como reliquia un medallon con la fecha de 29 de Mayo de 185.... hecha con pelo rubio.... Es del hermoso Fauntlevy.

Más allá del elegante banquero estaba otro personage, cuadrado, lleno todo de manchas de tabaco, y oliendo á una lengua á ron de las Antillas que, prescindiendo de su debilidad de usurpar lo ageno, era un santo baron. Decíase hacia tiempo que iba á ser promovido á dean de Westminster, y con todo el respeto debido al clero protestante de Inglaterra diremos, que tenia el mismo derecho á ello que otro cualquiera. Llamábase su reverencia Pedro Booddlesie, y poseia entonces un mezquino beneficio de doscientas libras de renta, cuando sus superiores, con quienes alternaba, percibian mensualmente miles de guineas, por lo que se veia precisado á hacer mas productiva su prebenda. Así está arreglado nuestro clero, unos tienen millones, y otros hambre; y hay algunos

que tienen mucho apetito, y aguardan un beneficio pingüe para santificarse. El reverendo Booddlesie era uno de los individuos mas útiles de la *Familia*, sin que haya necesidad de esplicar cómo.

La nobleza entre nosotros está constituida como el clero, pues unos lo tienen todo, y los otros nada. Junto á su reverencia se veia al honorable Juan Peaton, hijo menor del marqués de... jóven magnífico, cuyas destruidas y enfermizas facciones denotaban solo la estupidéz que la disolucion y la borrachera imprimen con tanta frecuencia en el rostro de nuestros jóvenes lores. No servia en la *Familia* sino cuando esta necesitaba de un caballero en alguna intriga, y era actor muy adocenado; pero en cambio limpiaba un caballo mejor que ningun palafrenero, y podia comer de una vez veinticuatro docenas de ostras, con tal que tuviera seis botellas de Oporto con que acompañarlas.

Tan inútil como era sir Juan á la sociedad, tan necesario era su vecino, hombre de unos cuarenta años, de los que miran siempre de reojo y á hurtadillas, con fi-

sonomía muy observadora, y en fin era S. Boyne, escudero, superintendente de policía metropolitana. Gracias á él, y á uno de sus comisarios de la *cit * que estaba sentado un poco mas all ; la *Familia* vivia en paz con la policia, aunque le costaba muy caro. Tal vez era S. Boyne, el unico lord de la noche, que podia sostener sin peligro un dictámen contrario al del marqués, de forma que en el concejo era un verdadero poder, aunque en último resultado servia para poco. Su oposicion, sin embargo, era siempre muy moderada, porque sabia positivamente que el marqués de Rio-Santo, Mr. Edward, tenia relaciones tan altas, que con una palabra lo podia hundir en el polvo, y haciéndose justicia   sí mismo conocia, que en perdiendo su empleo de policia, era nulo todo su influjo.

Junto   este magistrado se veia un lord....   Un lord? Dios mio, s ; un lord verdadero, con corona de vizconde sobre su escudo de armas normando, y cuya nobleza era anterior   la conquista, descendiente de un compañero de Guillermo el

conquistador, y gefe de una familia, cuya divisa dice: *Temed la deshonra*, como la de los duques de Portland.

¿Cómo no ha de ser así? Tócale en suerte á un hombre, con un apellido caballeresco, y un magnífico patrimonio, un carácter débil y miserable, sino es que vicioso por naturaleza: mira, y en cuanto su vista abarca, no ve mas que lores sumidos en una continua orgía, estúpida, insensata y que embrutece; él es lord, y tiene derecho á hacer lo que los lores, y se precipita á cuerpo perdido en una vida de duelos, deudas y raptos, interrumpida por algunas sesiones de representacion gravemente hipócrita. Primero mana el oro, despues falta y se agota: ¿qué ha de hacer? Caton murió, y otros se quedarian á espigar la vida loca con otra laboriosa: ¡pues bien! algunos mueren en efecto, mas no como Caton, sino como Clarence, ahogados en un tonel de malvasía: otros se suicidan, no por vergüenza, sino por fastidio y cobardía, y otros, en fin, buscan en la política un filon que explotar, un mercado en que venderse. Se venden bien

ó mal mientras les queda un trozo, mas ó menos recortado, de aquel altivo manto de consideracion que cubria á sus padres; y cuando no se pueden vender, como á veces sucede, porque no siempre necesita la alta cámara de un asalariado mas, entonces buscan.... ¡Cuantos! ¡ab! se han visto mantenerse con el juego que los habia arruinado, y con la caza que los habia reducido á la mendicidad! Como nobles bohemios andan por el mundo pescando con el mismo anzuelo que se clavaron poco antes: lord Ruperto Bel.... vizconde Cle.... no habia podido venderse.

A su izquierda, un caballero sonrosado y bien puesto, con nariz larga y blanca, y hermosos anteojos de oro, apenas descansaba en el sillón, y se mantenía recto con todo el rigor de la etiqueta británica. Era persona de importancia en aquella reunion; porque por su calidad de ayudante de cajero central del banco podía dar las noticias necesarias para el gran robo que proyectaba la *Familia*; se llamaba Guillermo Marlev, y solo saludaba á los que le nombraban sir Guillermo. A este se-

guian varios empleados del gobierno y un juez.

El otro costado de la mesa lo ocupaba la parte verdaderamente militante del consejo de la *Familia*. Los que acabamos de nombrar, si se exceptúa el doctor Moore, servian mas bien por su posicion que por sus actos, pero estos otros eran verdaderos foragidos que combinaban, obraban y dirigian los cien mil brazos de que disponia aquella asociacion. Allí estaba el pobre ciego sir Edmundo Makensie; Mr. Smith sin su pantalla verde ni su gazmoñería, que tan mal pegaban con su título de mayor Borrongham; sir Paulus Waterfield; el doctor Muller, en quien nuestros lectores hubieran conocido al joyero Falkstone, y otros dos ó tres bribones osados y dispuestos, que como Jedediah Smith y el doctor Muller estaban en el camino recto de Bahía Botánica. Allí discutian todos con una cortesía y formalidad, que hubieran avergonzado á nuestras sesiones parlamentarias; Guillermo Marlew era quien tenia la palabra cuando entró Bembo, y declamaba afectando una gravedad pedantesca:

—Yo aseguro, y si me es permitido decirlo así, pretendo, que está juiciosamente escogido el momento para la sus-traccion de que se trata.... Creo que mi posicion me pone en el caso de poder ha-blar sobre esto con alguna autoridad.... diré mas, con alguna inteligencia....

— ¡Escuchad! ¡ escuchad! murmuró lord Ruperto bostezando, porque se creyó en la cámara alta.

—Doy gracias al noble lord por su atenta interrupcion, prosiguió el sota-ca-jero, y sostengo.... ¡Mas todavía! asegu-ro, que jamás han contenido nuestras cuevas tanto oro acuñado, ó por acuñar....

Se oyó por toda la asamblea un murmu-llo de aprobacion, que obligó á lord Ru-perto á volver á decir:

— ¡Escuchad! ¡ escuchad!

—Doy las mas sinceras gracias á Su Señoría por sus buenos deseos y digo.... ¡Señores, estos son guarismos!... el ban-co no tiene menos de veinticinco millones de libras esterlinas en sus cuevas!...

Como si el anuncio de esta monstruosa suma hubiera tenido la virtud de penetrar

las paredes para llegar hasta la asquerosa turba que estaba no lejos de allí, en el *Purgatorio*, el tubo acústico empezó á vomitar un sordo murmullo que se mezcló con el de la asamblea.

— ¡Veinticinco millones de libras! exclamó Tyrrel brillándole los ojos.

— ¡Es buen dinero! murmuró S. Boyne, frotándose las manos.

— Esa suma bien manejada se podría duplicar en el comercio en seis meses; añadió el banquero Fauntlevy.

— ¿Y qué nos podrá tocar á cada uno? preguntó gozoso el reverendo Booddlesie, futuro dean de Westminster.

— Esa es cuestion de aritmética, señor, contestó el sota-cajero, una simple particion.

— Sir Guillermo, interrumpió Rio-Santo, ¿quereis decirnos qué suma en billetes al portador podrá haber en el banco?

— Eso me parece de muy poco interés, milord, puesto que los billetes no representarán muy pronto sino valores que no existen.... pero sin embargo, para satisfacer á Vuestra Señoría diré... permitidme...

Marlew contó por los dedos y prosiguió:

— Los cofres y carteras pueden contener en billetes, por los que no daría yo seis sueldos, doble cantidad que la que hay en los sótanos.

— Muy bien, señor, dijo Rio-Santo.

Bembo acababa de acercarse á él para darle cuenta de su comision, y el marqués á muy poco rato repuso:

— Milores, vuestra justa impaciencia va á quedar al fin satisfecha.... en la noche de pasado mañana entraremos en el banco.

La asamblea no pudo conservar su gravedad con tan lisongero anuncio, y resonó por las bóvedas de la sala un alegre clamoreo, entre el que se podia distinguir el agudo falsete de S. Boyne, y el bajo cantante del reverendo Booddlesie, que tiró por alto su sombrero, y lo volvió á coger con destreza. La inmunda gavilla del *Purgatorio* oyó tambien sin duda estas aclamaciones, porque el cañon acústico arrojó en la sala como por respuesta un grito áspero y de burla.

Restablecido el silencio, dijo Rio-Santo:

— Hay que tomar, milores, algunas medidas, para las que creo me autorizará completamente el consejo....

— ¡Ciertamente! ¡ciertamente! contestaron todos, y solo lord Ruperto hizo una variacion á esta unánime respuesta, diciendo:

— ¡Escuchad! ¡escuchad!

— Sir Guillermo, prosiguió Rio-Santo, tendrá la bondad de trasladarse al sitio para señalar la situacion de las cuevas, y dar á nuestra gente todas las noticias necesarias.... porque es preciso proceder con actividad y prudencia.... Sir Guillermo se servirá además indicar los depósitos de billetes, aunque parece no aprecia ese botin....

— Una vez arruinado el banco.... empezó á decir el sota-cajero....

— Es cierto, señor, pero haced lo que os digo.... En cuanto á las medidas de precaucion, corresponden á los señores de policia, y podemos descansar en su celo. Me reservo además el llamamiento

de los individuos de la *Familia* para promover disturbios en caso de necesidad en diversos puntos, y entretener á la fuerza armada.... y por lo tanto no estrañeis, si todos son convocados á un mismo tiempo.

El doctor Moore, que no habia desplegado todavía sus labios, dirigió al marqués una rápida y escudriñadora mirada, porque se le figuró que estas últimas palabras encerraban un designio secreto, y cambió al mismo tiempo con el ciego una seña de inteligencia, casi imperceptible. Esto último lo hubiera creído así cualquier buen observador; pero seria abusar demasiado de la confianza del lector afirmar positivamente que la calidad de lord de la noche da á los ciegos facultad de entender por señas.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que si Moore y Tyrrel sospecharon que Rio-Santo ocultaba parte de su pensamiento, no iban del todo descaminados, porque el robo del banco era solo una cosa accesoria de su plan, una parte pequeña no mas. Los billetes al portador, que tanto despreciaba el cajero, tenian para el

marqués un valor inestimable, porque en su poder eran un arma grande, y determinaban de un golpe la bancarrota del primer establecimiento de crédito de Inglaterra, y la ruina de uno de los mas firmes apoyos del gobierno. Su proyecto no se limitaba á despojar al banco de sus fondos de garantía, sino que se estendia además á obligarlo á proclamar su pérdida y suspender sus pagos, y á reconocer, por último, que los billetes profusamente derramados por todos los ángulos de los tres reinos, eran ya un papel mojado. La reunion de todos los individuos de la *Familia* era negocio de otra naturaleza: se trataba en realidad de promover una conmocion, pero no para proteger el saqueo del banco sino con miras mas altas, y para fin muy distinto.

Los *lores de la noche* se separaron, y todos tuvieron aquel dia sueños magnificos: sir Jorge Montalt y Juan Peaton se vieron dueños de las mas brillantes jaurias del reino; lord Ruperto fue á las carreras de Epsom como en sus mejores tiempos, y jugó al whist á cien guineas el tanto;

sir **Boyne** se hizo amueblar un suntuoso palacio en el **Strand**, y regaló un pañuelo de mucho precio á **mistriss Boyne**; **Fauntley** humilló á la casa de **Roschild**, y prestó un millon á **S. A. R.** el duque de.... hermano del rey; y el reverendo **Booddlesie**, por último, hecho obispo de **Lóndres**, se sentó en el parlamento, y roncó ministerialmente, como tiene facultad y obligacion de hacer todo par eclesiástico.

Moore, que en todo el dia no se habia ocupado de **Clary Mac-Farlane**, se volvió á su casa, y tambien la olvidó aquella noche atormentando su imaginacion por ver si podia penetrar los proyectos de **Rio-Santo**. En estas veinticuatro horas no tuvo que sufrir la pobre **Clary**, cuyo régimen habia variado, sino la soledad con sus miedos y pesares, porque **Rowley** tuvo orden de darle alimento para que pudiera sopor-
 tar mejor el choque galvánico á que la queria someter el doctor, lo cual fue como una tregua, una próroga entre sus tormentos y el último acto de su martirio.

El marqués de **Rio-Santo** subió á su coche con el caballero **Angelo Bembo**, y

era tal su preocupacion, que no se acordó de preguntar á Moore por el estado de Mary Trevor, ni habló palabra en todo el camino de su casa, sino únicamente pronunció alguna que otra espresion suelta, que solo podia dejar conocer una parte de su pensamiento. En el momento en que paró el coche en la plaza de Belgrave le tomó la mano á Bembo, se la apretó fuertemente, y le dijo:

—Angel, la hora se acerca, y os necesitaré.... Si amais á alguna persona, pensad en ella esta noche y mañana, porque despues sereis todo mio, Angel, ¿no es verdad?

—¡Soy vuestro, D. José, todo vuestro! contestó Bembo.

Así que Rio-Santo se fue á su habitacion, y Angelo se quedó solo, repitió despacio y tristemente:

—Si amais á alguna persona.... ¡Pobre muchacha!

Y en vez de subir á su estancia se fue por el corredor á que daba el cuarto de Angus Mac-Farlane, á echarse de pechos sobre la ventana que caia al *rincon del lord*. Ana

seguía en la misma pieza en que la vimos, y sentada en el sillón que le servía de cama, pero muy pálida y demudada: sus ojos eran de haber llorado mucho, y hasta dormida tenía una actitud de dolor y espanto, pasando visiblemente por su cara iluminada por la débil luz de una vela, las infantiles aprensiones de sus sueños. Bembo la estuvo largo rato contemplando en silencio, hasta que al fin murmuró:

—Si amo á alguna persona en el mundo.... ¡Oh! sí, es un amor que nació ayer y morirá mañana.... un amor sin recuerdos y sin porvenir.... pero la amo.... y la amó como no había amado nunca, y como tal vez no volveré á amar.

Aquella noche era una de las pocas del invierno en que se cubre Lóndres con el manto de hielo de las regiones polares: la escarcha relumbraba en las desnudas ramas de los árboles de la espalda del palacio de Irish, y reflejaba matizados los sombríos rayos de la luna que declinaba á su ocaso. La callejuela adonde caía la ventana estaba desierta, y únicamente se oía á lo le-

jos en la plaza de Grosvenor el sordo ruido de algun tardío carruage.

—No me queda mas que esta noche, repuso Bembo, y está ya bastante avanzada.... ¡Pobre niña querida! ni siquiera tendré tiempo para gozar del placer de su madre cuando la vuelva á ver....

Media hora despues se abrió sin el menor ruido la puerta por donde entró una vez el príncipe Dimitri Tolstoy en el palacio de Irish, y Bembo atravesó la calle en el momento en que todo Lóndres descansa, y hasta los coches dejan de rodar por las calles. Ni el menor ruido turbaba el absoluto silencio de la noche, y Bembo, midiendo con la vista la altura de la ventana en que ardía la luz de Ana, procuró echar á un balcon una escala de seda, resto de una juventud sin cuidados, y aficionada á aventuras, y no lo pudo conseguir. Mas como era ágil afortunadamente, é ingenioso, fijó su puñal en las juntas de los ladrillos de la pared para que le sirviera de escalon, y parte con este apoyo, parte ayudado de las cornisas, logró al fin echar la mano á los hierros del balcon.

No de otro modo escalaban los muros y ciudadelas los esforzados campeones de los tiempos antiguos.

Así que se vió en el balcon , ató fuertemente la escala de seda á los hierros, porque despues de haber subido necesitaba bajar, y eran ya dos los que lo tenian que hacer. Ana Mac-Farlane despertó sobresaltada, porque Bembo, con el puño envuelto en un pañuelo, rompió un cristal para poder abrir la vidriera, cuya falleba, objeto de lujo raro en Lóndres, rechinó en seguida, y él entró en el cuarto. Al mismo tiempo entró tambien el aire exterior, y la llama de la vela, movida en todos sentidos, alumbraba vagamente los objetos, y Ana, que al pronto habia hecho un movimiento como para huir, se adelantó dando un grito y vino á caer en los brazos de Bembo que se quedó sorprendido. En seguida exclamó ella:

— ¡ Stephen! ¡ oh, mi querido Stephen!
¡ Dios os envia á socorrerme!

Un doloroso calo-frio se difundió por todos los miembros de Bembo, y casi estuvo á punto de desfallecer al oír estas pala-

bras, que desvanecian de una vez esperanzas que le eran ya muy lisongeras.

— ¡He rezado tanto, continuó diciendo Ana con voz que penetraba el corazón de Bembo; ¡he rezado tanto, Stephen mio!... Dios me ha oído.... Bien sabía yo que vos me habiais de salvar.

En un momento en que calmó el viento difundió toda su luz la vela, y Ana conoció su equivocación, que no tanto nacía de la semejanza que pudiera haber entre los dos jóvenes, como de la preocupación de ella con su primo, y se desprendió de los brazos de Bembo y huyó á refugiarse en el extremo opuesto del cuarto, donde se quiso ocultar en un rincón. Bembo no se movió de su sitio, y cuanto mas bella, encantadora y sencilla la veía en medio su natural espanto, mas se le oprimía el corazón, y no pudo dejar de murmurar para sí:

— ¡Stephen, oh!... ¿Y dónde está ese Stephen que así la deja abandonada en manos de sus raptos?... ¡Oh, qué loco soy! Ahora ya aborrezco á ese hombre.... ¿Y no debí haberlo previsto?... ¡Es tan hermosa!...

Se detuvo para exhalar un profundo suspiro de dolor, y añadió:

— ¡Dios mio! ¡cuánto la hubiera yo amado!

Ana entretanto, cada vez mas asustada de ver aquel hombre extraño, inmóvil, mirándola sin cesar, y con una espresion en su semblante que ella no podia definir, tembló primero un poco, despues se le llenaron los ojos de lágrimas, y prorumpiendo al fin en sollozos, se hincó de rodillas, diciendo:

— ¡Os suplico que tengais compasion de mí!

Bembo se estremeció al oír esta súplica que cambió el carácter de su emocion, y tuvo compasion, en efecto, la compasion dulce y tierna con que se suele disfrazar el amor, y que por sorpresa puede hacer llorar á un hombre.

— La restituiré á su Stephen, dijo, sintiendo que se le ablandaba el corazon hasta rayar en debilidad; y le diré que la haga feliz.... ¿Pero la amaré él como yo la amo?

Esto no era responder, y Ana, juntan-

do sus preciosas manos con desesperacion, estuvo á punto de caer al suelo, mas él se precipitó á sostenerla, y con voz tan dulce que casi la reanimó, le dijo:

— Nada temais, señorita, nada temais de mí; mi presencia no os debe causar el menor miedo.

Y agarrándole la mano la levantó, y le añadió con tristeza:

— Entre nosotros dos, no sois vos la que tiene motivo para temer ó suplicar.

Ana no lo entendió, pero se iba tranquilizando al ver la noble y franca fisonomía de Bembo, que hasta entonces no le habia dejado distinguir bien su turbacion y espanto, mas todavía con algun resto de desconfianza, le preguntó:

— ¿Cómo es que estais aqui, señor?

Bembo casi lo habia olvidado, pero esta pregunta le recordó la realidad, y calculó los obstáculos que le quedaban que vencer, se acordó del sitio en que estaba, de que si despertaban los criados del lord impedirian su salida, y de que el menor ruido, la menor resistencia por parte de la

pobre Ana, le podria cerrar las puertas de aquella casa.

— ¡Oh! ¡qué pronto hubiera encontrado Bembo algun medio de salvarla, si el fatal nombre de Stephen no hubiera caido como un hielo sobre sus recientes esperanzas! pero la tristeza es muy mala consejera, y la imaginacion se encoge con su glacial contacto. Bembo guardó por un minuto un silencio embarazoso, mas como el rostro de Ana se empezaba á turbar de nuevo, y se conocia en sus miradas que volvia su inquietud, y era preciso además salir de aquel estado, le dijo por fin:

— Señorita, he venido solo á salvaros.

Y venciendo con un esfuerzo una repugnancia muy natural, procuró sonreirse y añadió:

— ¿No lo adivináis?... vengo de su parte.

— ¡De su parte! exclamó Ana mostrando en su semblante una ilimitada confianza.

— De parte de Stephen: dijo en voz baja Bembo.

Ana dió un brinco de alegría, riendo y

llorando á un tiempo mismo: Bembo volvió la cabeza á otro lado, pero ella no lo advirtió, y le decia:

— Con que venis á buscarme.... y lo volveré á ver.... y á Clary tambien.... y á todo lo que amo.... Gracias, ¡oh! ¡gracias! ¡á vos tambien os amaré!

Bembo padecia bastante, pero tuvo fortaleza para llevar hasta el fin su generosa estratagema, y murmuró:

— Venid, señorita.... Stephen os espera.

Y cogiéndola en brazos sin que ella opusiera resistencia, empezó á descollgarse con precaucion por la escala de seda, vuelto de espaldas al palacio de Irish, y Ana por el contrario viéndolo de frente. La bajada era muy lenta, porque la escala oscilaba á cada movimiento, y cuando llegaban á la mitad de la distancia del suelo, Bembo creyó oir detrás de sí, en el palacio del marqués de Rio-Santo, el ruido de una ventana que se abria. Siguió bajando, y así que hubo descendido algunos escalones, sintió estremecer en sus brazos á Ana, que le dijo asustada:

— ¡Mirad! ¡mirad! una fantasma se descuelga por entre las ramas de los árboles...

Bembo se quiso volver á mirar, pero no pudo, mas Ana seguia viendo la fantasma deslizarse por el tronco de uno de los árboles que habia detrás del palacio de Irish, y cuando llegó al nivel de la pared, se agarró á ella, y permaneció un momento indeciso. Era un hombre medio desnudo, cuyos flacos y velludos miembros se percibian por entre los rayos oblicuos de la luna. Ana estaba llena de miedo, hasta que al fin Bembo puso el pie en el último escalon, y al mismo tiempo se sintió la caída de un cuerpo sobre el pavimento, y era la fantasma que acababa de saltar á la calle; de manera, que nuestros dos fugitivos y aquel hombre, llegaron al suelo á un mismo tiempo, y se encontraron los tres cara á cara.

Bembo dudó qué hacer, y el hombre se arrimó fatigado á la pared de que acababa de saltar, y con voz trémula cantó:

Como de Mayo las rosas
Vivian en Glen-Girvan

Dos doncellas candorosas,
Hijas puras y amorosas
Del laird de Killarwan.

— ¡Mi padre! exclamó Ana, desprendiéndose de los brazos de Bembo para arrojarse en los del que cantaba; ¡esa es la voz de mi padre!

Angus, porque realmente era él, dió un paso hácia su hija, cuya voz habia tambien conocido, mas como si le hubiese sobrecogido un repentino y misterioso terror, retrocedió vacilando, y murmurando con afliccion:

— ¡Siempre las sombras de las que han muerto!

— ¡Padre! ¡mi buen padre! exclamó Ana.

— Apartad, apartad, dijo Angus; yo mismo las he visto....

Ana entonces quiso abrazarlo, mas la repelió con violencia, y dejándola caer en el suelo, echó á correr gritando:

— ¡Ambas á dos!... ¡ambas á dos!


Bembo lo perdió de vista al volver la esquina de la callejuela de Belgrave, y

levantando del suelo á Ana desmayada, se la llevó en brazos. El marqués de Rio-Santo halló á la mañana siguiente vacía la cama del laird, y como el caballero Angelo Bembo no pareció en casa en todo en día, no tuvo á quien confiar sus inquietudes.



ACTO V. ESCENA VII.

El ángel custodio.

UNQUE Aristóteles no se quiso tomar el trabajo de dar reglas para la novela ó romance, y Horacio creyera tambien conveniente guardar sobre ello silencio, nosotros, respetando las autoridades clásicas, hemos procurado guardar en lo posible las reglas de la unidad, que ellos fijaron como condicion indispensable para todo drama; nuestros personages no han perdido de vista hasta ahora la magestuosa

cúpula de san Pablo, y nuestra historia ha girado en el breve círculo de una semana. Pero llega el caso en que nos vemos precisados á saltar de repente el tiempo y el espacio, á hacer que pasen meses entre las escenas de nuestro drama, y á que nuestra accion marche en posta á situarse en las agrestes malezas de la Escocia del Sur. Esto seguramente es muy sensible, pero nadie reprobará que espresemos antes por ello nuestro vivo y sincero pesar.

Mientras tanto hemos ido recorriendo uno á uno todos nuestros personajes diseminados en la segunda parte de esta novela, en que han llamado casi exclusivamente la atencion del lector Susana y Brian de Lancaster; hemos seguido á todos en sus esfuerzos buenos ó malos, en sus sentimientos, en sus aventuras; y el curso natural de estas diversas cosas, que todas conducen á un mismo objeto, nos vuelve al dia en que Brian de Lancaster reventó á su hermoso caballo Ruby, y arrostró el fuego de los guardias por llevar una flor á Susana. Acació esto casualmente la vispera del dia en que estuvo espuesto el

marqués de Rio-Santo á morir entre las manos de Angus Mac-Farlane, y en la mañana del día en que por la madrugada y á eso de las tres de ella, sacó el caballero Angelo Bembo de su encierro del *rincon del lord* á la hija menor del laird. Era por consiguiente en la tarde del mismo, cuando debia acudir Frank Perceval á la cita que le habia dado lady Ophelia enfrente del teatro de San James, pero entre la hora en que recibió este el billete, y la en que el marqués de Rio-Santo lo debia aguardar en vano, pasaron muchos sucesos.

Mediaba entre Moore y el ciego Tyrrel un estrecho y secreto vínculo, pues este último habia recibido del otro uno de esos inestimables beneficios que nunca se pagan, y le conservaba gratitud y reconocimiento. El interés, además, los tenia muy unidos, porque se querían repartir la herencia de Rio-Santo, y vivian en dos casas contiguas de la calle de Wimpole; Tyrrel en el núm. 9, y Moore en el 10, que se comunicaban además interiormente por un pasadizo encubierto, y que nadie

podia sospechar, de que ellos hacian uso para sus relaciones privadas, de modo que jamás se veia entrar al uno en casa del otro. Por este pasadizo fue por donde se desocupó la casa núm. 9, mientras marchó Brian á buscar la policia.

Moore estaba ausente sin haber parecido en todo el dia, por lo que se hallaba solo el ayudante envenenador Rowley, que se hartó de *Recreaciones toxicológicas*, y dejó en paz á Clary Mac-Farlane. Á esta la habian sacado de su encierro, porque el doctor necesitaba que recobrará algunas fuerzas para resistir el choque galvánico, y estaba acostada, débil y doliente, en un gabinete contiguo á su despacho, y aunque Rowley habia recibido órden espresa de darle de comer, no lo habia hecho, embebecido, como hemos dicho, con sus *Recreaciones*.

El pasadizo de comunicacion de las dos casas daba á un corredor que terminaba en el despacho de Moore, y en él fue donde entraron repentinamente los fugitivos del núm. 9, sin que á Susana le hubiese ocurrido oponer la menor resistencia, porque

ignoraba que la hacian pasar de una casa á otra. Tyrrel en el momento de entrar agarró por la mano á la duquesa viuda de Gevres, y le dijo:

—Id corriendo, Maudlin, á White-Chapel-Road, á avisar que mi casa está en poder de la policía, porque seria una maldita gracia que viniera alguno, y lo cogieran como en una ratonera.... Yo tengo mucho que hacer esta noche, porque es preciso taparle la boca á Brian antes de mañana.

—Es una desgracia terrible, milord, respondió la francesa con aire amostazado: teníamos tan buena habitacion....

Tyrrel se encogió de hombros, y le replicó:

—Puede que tengamos mañana un palacio, Maudlin.... Pero por otra parte ¿qué remedio tiene? ¡Vamos, despachaos!

La señora duquesa de Gevres miró de reojo á Susana, y dijo:

—¿La hemos de dejar aquí sola?

—Una vuelta á la llave, Maudlin, una vuelta á la llave, contestó el ciego dirigiéndose con precipitacion á la puerta,

pero sobre todo daos prisa.... Yo voy á ocuparme del galan.... Ya oireis decir algo, señora duquesa.

La francesa se fue hácia Susana que estaba sentada en un lado, y le dijo:

— Querida mia, habeis cometido una gran imprudencia.... pero á gran pecado gran misericordia.... Voy á trabajar por vos y por él, á fin de que no tenga esto consecuencias funestas.... ¡Quedaos con Dios, querida!

Antes de salir se detuvo, y añadió:

— Pero no habeis comido en todo el dia, y yo tardaré mucho en volver.... voy á mandar que os traigan algo.

— No tengo gana ninguna, contestó Susana.

— ¡Dios mio! no lo estraño.... porque la pena.... la desesperacion.... no se tiene hambre, pero se come una pechuga de pollo, querida mia.... una pechuga ó dos.... y se bebe un vaso de vino.

La señora duquesa de Gevres, que en casa del doctor Moore estaba como en la suya, se fue, y volvió á muy poco con un criado que traia una bandeja, y en ella

una cena completa, que dejó sobre una mesa: la vieja se marchó por último de una vez, diciendo:

— ¡Qué comais bien, corazon mio!

Y dando dos vueltas á la llave por la parte de afuera, dejó sola á Susana.

Haria una media hora que se habia separado de ella Lancaster, pero como todo pasó con tanta rapidéz, estaba turbada y aun aterrada por el terrible espanto que la causó la aparicion de Tyrrel en el momento en que se creia ya libre y feliz, é incapáz de discurrir lo que podria suceder, lo que haria Brian, y lo que debia temer ó esperar. Con la cabeza entre las manos procuraba desembrollar el caos de ideas que se agolpaban á su imaginacion, y lo primero que le ocurrió fue temer las continuas amenazas de Tyrrel contra Lancaster, y se creyó imprudente y culpable, y se arrepintió de una confesion que lo habia rodeado de enemigos invisibles y poderosos. Parecíale tanto mas terribles los peligros que le habia acarreado, cuanto que no podia participar de ellos con él, y consideraba que lo asediarían con embos-

cadás mientras ella estaria en salvo.... ¡Ni aun sabia si lo debia volver á ver!

Susana era fuerte de corazon, pero en tratándose de Brian su fortaleza se convertia en debilidad, su heróica naturaleza cedia completamente, y se volvia muger, y muger débil: al cabo de unos momentos se echó á llorar y murmuró abatida:

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo lo he asesinado!

Oyóse en esto á su espalda un débil quegido, como eco de una queja desesperada, mas ella no lo notó y empezó á rezar. Entretanto se repitieron los quegidos, hasta que los oyó y se puso en pie, porque ni aun la desesperacion podia sofocar la piedad de su alma noble y generosa; aplicó el oido con atencion, y los quegidos se debilitaban, pero se volvian á repetir mas lastimeros. Entonces tomó una vela encendida, empujó la puerta á que estaba arriada su silla, y á diez pasos de la cual se hallaba la cama de Clary casi desfallecida: ésta, así que vió la luz, calló, por temor tal vez de haber despertado á alguno de sus verdugos, mas cuando distinguió el he-

chicero rostro de la hermosa Susana , creyó que aun soñaba , y cerró los ojos abatida y sin aliento. ¡Habia visto tantos rostros angelicales y dulces sonreir á su cabecera en el espacio de tres dias! ¡Y habia implorado tantas veces la compasion de aquellas fantasmas evocadas por la calentura , juntando con esperanza sus descarnadas manos!

Susana en tanto se acercó á la cama , y miró compadecida á la que yacia en ella , mas apenas reparó en las facciones de Clary , espresaron las suyas una extraordinaria emocion; se le humedecieron los ojos de ternura é inquietud , como á una madre junto á la cuna de su hija , palpité con fuerza su pecho , vagó por su linda boca una indecisa sonrisa , triste y alegre á un mismo tiempo , y se hincó de rodillas sobre la alfombra , levantando al cielo sus hermosos ojos. Clary abrió los suyos doloridos , porque sintió un beso en su mano , y creyó al pronto que aun duraba el sueño , ¡pero que dulce esta vez , y verdaderamente celestial! los ángeles de los anteriores no eran tan bellos como aquella

muger, cuya sonrisa le ofrecia esperanza y compasion, y la miró encantada, y no se quejó mas.

Susana al fin conteniendo su voz, que sonó en los oidos de Clary como una música lejana, murmuró:

— ¡ Con qué sois vos! vos, ¡ la que hace tanto tiempo estoy deseando encontrar!

El semblante de Clary manifestó una admiracion muda, y Susana continuó diciendo:

— Vos no os acordais ya; los beneficios hechos no dejan rastro en las almas generosas.... ¡ pero los recibidos!... ¡ Oh! yo me acuerdo muy bien, y desde que aprendí á rogar á Dios, no he dejado de pedirle por vos, y por aquel otro ángel que se os parece, y que será sin duda hermana vuestra.... por Clary, la noble jóven, y por Ana, la tierna niña....

— ¿ Quién sois pues, señora? preguntó Clary.

— Vos no sabeis mi nombre.... y no me lo preguntasteis el dia que me sostuvisteis en la acera de Cornhill, y socorristeis á

una pobre muchacha desconocida que se moria de hambre!

— ¡De hambre! repitió Clary, apretándose dolorosamente el pecho: ¡oh! ¡yo tambien me muero de hambre!

Susana salió del cuarto de un brinco, y volvió al momento con la cena que le habian traído, llorosa de puro placer, y diciendo:

— Le perdono á aquella muger todo el mal que me ha hecho, solo porque me ha proporcionado el medio de aliviarnos, Clary.

En seguida se puso de rodillas junto á la cama, la ayudó á incorporarse, y mientras Clary comia ansiosamente, sin mas interrupcion que algun suspiro que le arrancaba su debilidad, la sostenia sonriéndose, le hablaba con la mayor ternura, y le llenaba sus pálidas y casi transparentes manos de cariñosos besos fraternales. Clary se iba reanimando con el alimento, y los consuelos de aquel inesperado cariño, y se sentia alegre, agradecida, y como resucitada.

— ¡Cuánta hambre teniais, pobre niña! le decia Susana besándola: si pudieseis

ver, Clary, cómo vais recobrando vuestro hermoso color!... ¡Ya estais tan linda como en otro tiempo!... Sabeis que para poderos conocer, necesité examinar dos veces el fondo de mi corazon, donde está vuestra imágen... Pero yo habia grabado en él vuestras facciones, una á una; esa tersa frente seria y pensativa, esos ojos tan bondadosos que se estremecieron con mi miseria, esa amable boca que me consoló tanto.... Muy descolorida estabais, Clary; cuando me acerqué aquí, sentí estremecerse mi corazon, y una cosa que me arrastraba hácia vos.... ¡Os amo tanto, hermana mia!

Clary, inundada en lágrimas, murmuró:
— ¡Gracias! ¡muchas gracias!

Y sobrecogida de repente de un extraordinario pavor, añadió sobresaltada:

— Pero vos, señora, no podreis permanecer siempre á mi lado, y así que os vayais me dejarán morir otra vez de hambre.

Susana se puso en pie por instinto, como para interponerse entre ella y un peligro percibido súbitamente, y por primera vez tuvo una idea vaga de la situa-

cion de Clary, y le ocurrió porque se moriría de hambre en una casa donde todo era opulencia. Le hizo mil preguntas, y Clary procuró responderle lo mejor que pudo, pero ni una ni otra eran capaces de comprender tan extraño misterio, pues Susana, ignorante, solo tenía sentimientos generosos, y Clary, con su alma noble y pura, en vano podía discurrir sobre el motivo de aquella bárbara intriga, y por lo tanto lo único en que convinieron fue en que esta había padecido mucho, y que con razón temía tanto.

— ¡Infames! decía Susana; trataros así, Clary.... ¡á vos que sois un ángel de bondad y ternura!... ¡Pero yo os defenderé, que soy fuerte como un hombre!... ¡Que vengan ahora!...

Aquí se detuvo porque vió que Clary se había puesto de repente amarilla, y cerrado espantada los ojos: mas antes de poderse volver para examinar cuál podía ser la causa de ello, oyó una voz seca, que dijo con enfado muy cerca de ella: ¡Tá, tá, tá! y entonces miró y vió un hombre pequeño, con la cabeza calva en la parte

superior, pero con dos grandes tufos de pelo blanco sobre las sienes, comprimida la nariz por un par de anteojos enormes, y con un libro en cuarto debajo del brazo. Era maese Rowley con sus *Recreaciones toxicológicas*, que habia entrado muy de quedo, segun su costumbre, y escandalizándose en sumo grado al ver los restos de la opípara cena de Clary.

—¡Tá, tá, tá! volvió á decir con muy mal humor; ¿quién le manda á esta lady entrometerse en esto?... La muchacha ha comido como un buitre.... ¡Pues estamos bien, á fe mia!... ¿Y qué dirá ahora el amo?... ¿Vamos á ver, qué dirá?

Maese Rowley se decia esto á sí mismo, porque habiendo oido las últimas palabras de Susana, se mantenia á cierta distancia no pensando en provocarla, y la hermosa jóven por su parte se habia colocado entre la cama y él, con los brazos cruzados, y mirándolo de hito en hito.

—¡Bien, muy bien! gruñó el ayudante envenenador retrocediendo un paso; no tengo miedo á esta amazona, no señor.... Además de que con mi preparacion basta-

rian tres segundos, cinco avos de otro y un quebrado, para hacerla entrar en razon.... Pero es igual; lo que quisiera es alejarla de aquí antes que venga el doctor.

No debía realizarse este deseo de Rowley, porque casi al mismo tiempo se abrió la puerta de pronto, y entró el doctor Moore de muy mal humor, frunciendo las cejas, y diciendo con acritud:

—¿Qué significa esto, señor mio?

—Sir Edmundo ha pasado por la puerta chica, contestó en voz baja el ayudante envenenador, y ha traído consigo esta... esta lady.

—Pues este no es sitio de ninguna lady, señor mio.... Idos, y suplicadle que os acompañe.

—No saldré de aquí, caballero; dijo Susana en voz baja, y con calma.

—¡Tá, tá, tá, tá! dijo Rowley.

El doctor se acercó á la cama, y procurando contener su enojo, repuso:

—Señora, ni conozco, ni sé usar de las pueriles fórmulas de lo que se llama galantería.... pero previendo, no obstante, el fatal resultado que esto puede tener, y

descando evitarlo, me descubriré, señora, (y se quitó el sombrero) os saludaré inclinándome como un tonto, y agotaré toda mi urbanidad y cortesía, diciéndoos: Os ruego, señora, os suplico que os retireis de aquí al momento.

Para que el lector pueda hacerse cargo de esta situación, basta decir, que Moore acababa de dejar á miss Trevor, y venia corriendo á hacer en Clary la esperiencia diferida hasta entonces.

Susana volvió la cabeza á mirar á Clary, la cual, creyendo que era señal de que dudaba, exclamó:

— ¡Por Dios, no me abandoneis!

— ¡Abandonaros! exclamó tambien Susana cogiéndola entre sus brazos. ¡Oh! ¡no lo temais, Clary! no hay fuerza capaz de separarme de vos.

— ¡Qué buena cabeza! gruñó Rowley.

El doctor hizo una exclamacion sorda, y con voz muy trémula, dijo:

— ¡Señora!... ¡Señora!... vos no me conocéis á mí... ni sabeis cuán gran delito es á mis ojos haber penetrado en este cuarto....

— Lo que sé es, que han querido matar á esta niña, replicó Susana sin alterarse, y quiero desde ahora cuidar de ella.

Otra vez se abrió la puerta, y entró Tyrrel sin que lo reparase nadie, y en vez de internarse en el cuarto se quedó frío é inmóvil en el umbral, observando con indiferencia y con ojos apagados lo que allí pasaba.

El doctor se estremeció visiblemente al oír la respuesta de Susana, y con tono amenazador murmuró:

— ¡Ah!... ¡con qué lo sabeis, señora!... ¡Pues bien! todavía puedo olvidar yo que lo sabeis.... y quizás puedo perdonaros tambien que lo sepais; ¡pero salid!... ¡salid de aquí al instante, por vida vuestra!

— No saldré, caballero; volvió á decir la hermosa jóven, cuyos ojos serenos y brillantes sostenian con sublime calma y sin bajarse la siniestra mirada de Moore; y si quereis atentar contra la vida de esta niña, es preciso que primero me mateis á mí.

El doctor, cuya cara pálida de ordinario, tenia sangre hasta en la frente, y



estaba espantosa, metió las manos en los bolsillos de su gran levita, y con un movimiento de rabia le dijo á Rowley:

— ¡Fuera de aquí al instante! ¡esta muger lo ha querido!...

Ninguna alteracion sufrió el rostro de Susana, únicamente alzó los ojos al cielo, porque conoció claramente que iba á morir; pero Tyrrel el ciego se resolvió por fin á tomar parte en la cuestion, y cuando Moore, en un acceso de furia, propio de todos los que ocultan sus pasiones bajo un exterior frio, se precipitaba sobre Susana siempre inmóvil, lo detuvo agarrándolo por el brazo. El doctor que hizo vanos esfuerzos por soltarse, fatigado con esta momentánea lucha, exclamó al fin:

— ¡Qué! ¡tú te atreves á violentarme, tú!

— Me parece que no conviene matar á esa muger, doctor, le dijo tranquilamente Tyrrel.

— ¡Y si yo quiero!

— Procuraré estorbarlo.

— ¿Y por qué, miserable, por qué? replicó Moore con toda la espresion de su rabia.

Clary entretanto estaba mas muerta que viva, y Susana, que no habia temblado del furor de Moore, tenia los ojos fijos en Tyrrel con inquietud y temor. Este sin perder su calma en lo mas mínimo, replicó:

—Doctor, por muchas razones.... La primera porque esta muger es mi hija.

Susana se conmovió imperceptiblemente, y se puso mas pálida, pero sin manifestar ninguna sorpresa: Moore por el contrario retrocedió pasmado, y Tyrrel, dirigiendo á Susana aquella mirada sostenida y penetrante, de que tantas veces habló ella á Brian de Lancaster, le dijo:

—¡Ah! ¡ah! Suky, ¿no me reconoces?

—Os reconozco, señor, contestó Susana en voz baja.

—Delante de un hombre tan prudente como el doctor, nada importa.... prosiguió Tyrrel. ¿Me vistes ahorcar, no es así? ¿Pues quién sabe? puede que todavía lo veas otra vez.... Doctor, continuó dirigiéndose á Moore, cuya cólera se habia sosegado con esta revelacion, pero que seguia mirando á las dos jóvenes con una

indecision de mal agüero ; aunque digo que es mi hija.... ¿me entendéis bien?... Cuando yo era Ismail Spencer, á ella la llamaban Susana Spencer.... no hay mas que esto.... Pero no es esa la causa principal de haberos detenido.

— ¿Pues cuál es? preguntó Moore.

— Ese es el motivo menor que he tenido: el otro es, que el señor marqués de Rio-Santo me ha mandado cuidar de ella.

— ¡Ah! dijo el doctor bajando la cabeza.

-- ¡Mandado espresamente! añadió Tyrrel.

— Y á pesar de todo, dijo Moore, ella sabe.... ; si vive puede ser mi perdicion!

Tyrrel se inclinó gravemente.

— ¿Y quién se hará cargo de hacerla guardar silencio? repuso el doctor. ¿Se-reis vos, Ismail?

Tyrrel miró de reojo á Susana, que se habia dejado caer encima de la cama, y bajaba los ojos, y recobrando de repente el bondadoso aspecto de sir Edmundo, respondió:

— Pues bien, sí; yo me hago cargo de ello, doctor.

CUARTA PARTE.

EL MABQUÉS DE RIO-SANTO.

... en el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

... el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

CLAVES

... el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

... el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

... el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

... el ...
... el ...
... el ...
... el ...
... el ...

CUARTA PARTE.

El marqués de Rio-Santo.

—
E.

Dos Soles por una Luna.

ERA la hora poco mas ó menos en que el honorable Brian de Lancaster y los dependientes de policía parados en la calle de Wimpole, contemplaban en qué poco tiempo se habia desocupado la casa

núm. 9: la noche estaba apacible, y los ociosos se divertían en ver resbalar y caer á los transeuntes, porque la humedad pegada á las piedras la habia helado el viento del norte.

A pesar de lo intenso del frio, se veia en las avenidas de la plaza de Portland, delante de una casa hácia el centro de la calle de Devonshire, una multitud de gente reunida, compuesta toda de hombres de diversas clases y condiciones, como lo denotaban sus trages, unos decentes, y otros miserables y andrajosos, que se empujaban, se pisaban y se atropellaban en buena amistad, sin reparar en el vestido. Casi todos tenían paquetes de periódicos debajo del brazo, y los elegantes que estaban sin ellos, llevaban detrás lacayos cargados como burros; todos hablaban á un tiempo, oyéndose entre tan confusa gritería, reflexiones filosóficas, chistes chocarreros, y estrepitosas risotadas.

En el dintel de la puerta de la casa habia cuatro ó cinco lacayos con librea, que arrojaban sin cesar á los concurrentes paquetes de periódicos húmedos, exhalando

el nauseabundo olor que Dios ha dado á los periódicos para prevenir sin duda al público contra sus impudentes mentiras, como le ha dado la sonaja á la serpiente de cascabel.

— ¡Doce para Pleydell y Browne! gritaba una voz entre la multitud.

— ¡Doce para Pleydell y Browne! repetía un lacayo.

Estas palabras llegaban á un escribiente, cuya cara fósil, de pergamino, sobresalía dos pulgadas de un libro donde hacia algunos garabatos, y repetía con voz aguda: ¡doce para Pleydell y Browne! ¡Adelante! y entonces se entregaba el paquete.

Así continuaban los pedidos y llovían los paquetes, exhalando el húmedo y pestífero olor que dijimos, pues la venta era grandísima: á medida que el escribiente fósil comprobaba los resultados, se maticaba de bellos colores el pergamino de su cara, y cuando el pedido era grande, soltaba la pluma para frotarse las manos, pero apenas le daban tiempo los gritos de afuera con otros nuevos pedidos, hasta que por

último salió una voz de lo interior del despacho, que dijo:

— Señores, ya se ha agotado la impresión.

Esto produjo un murmullo universal, y sonaron gritos de

— ¡Haced otra!.... ¡dos mil.... tres mil.... diez mil! ¡toda la tomaremos!

— Las formas están ya deshechas, señores: contestó la misma voz.

Muchos quisieron protestar, pero se cerraron de golpe las puertas, y desapareció de la vista de todos la macilenta cara del escribiente.

Todo esto pasaba en la puerta de la casa de Mr. Timoteo Overflow, editor de *la Luna*, periódico de la tarde, y la gente reunida en la calle eran noveleros ó mercaderes de periódicos, porque en Inglaterra no obtiene el lector los papeles públicos como en el continente, pues aquí ni los suscritores tienen noticia del empresario de un periódico, ni este de aquellos. Entre periodistas y lectores no hay arrendamiento de duración determinada, pues estos últimos eligen diariamente á su gusto los

gigantescos papeles nuevos de Lóndres, á la manera que el gastrónomo parisiense escoge en la lista de la fonda los platos que ha de comer. ¡Y qué contraste tan singular! el inglés, que va saltando pesadamente del *Times* al *Sund*, del *Sund* al *Globe*, del *Globe* al *Courrier*, no varía nunca su pedazo de vaca para comer; y el francés, cuyo veleidoso paladar pasa semanalmente revista á todos los manjares del *Cocinero real*, permanece fiel á su periódico por largos años. Acaso *Jonh Bull* guarda solo fidelidad á su estómago.

En nuestro pais se difunden los periódicos por medio de los noveleros, entre los cuales hay algunos millonarios, y otros que en despique llevan consigo cuanto poseen, en el bolsillo de una casaca negra remendada. El periódico llamado la *Luna*, pequeño diario de la tarde, era casi desconocido, y solo se veía en casa de los noveleros, cuando su editor cuidaba de enviarlo allá, pero aquel dia traía una noticia tan grande, que no habia bastado toda la impresion para la multitud de compradores, porque cada uno deseaba leerla y en-

terarse particularmente del hecho. Hacia mucho tiempo que no se habia visto curiosidad semejante, y en verdad que no carecia de fundamento, pues no era una noticia vulgar, uno de esos *pufs* tan comunes en nuestro pais, cuyo nombre han querido tomar de nosotros nuestros vecinos para introducirlo en su lengua; no se hablaba de la serpiente de mar, ni de la famosa ternera de Cornouailles que andaba con doce patas, ni de la oveja Tenor, ni del americano incombustible que comia pólvora fulminante rociada con plomo derretido. Todas estas son necedades, buenas cuando mas para un dia de hambre, en que el editor, despues de haber apurado su ingenio, atormenta en vano la imaginacion para hallar algun plato nuevo y apetitoso, capáz de saciar la curiosidad pública.... Esta vez el hecho era muy grave, y tenia relacion nada menos que con una persona real. Se habia cometido, ó al menos intentado, un impío y odioso asesinato, ¿y en dónde? en el castillo de Kew; ¿y contra quién, santos cielos? contra una niña amable y graciosa, heredera eventual del

trono, contra la esperanza de los tres reinos, en una palabra, contra la princesa Victoria, hija de S. A. R. el duque de Kent, y sobrina de S. M.

Fue, pues, una desgracia para algunos noveleros que llegaron tarde, no poder alcanzar ningun egemplar de *la Luna*, tan olvidada por lo comun, por lo que se empezó á formar desde luego delante de la misma puerta de Mr. Timoteo Overflow, una especie de bolsa, en que unos querian comprar de segunda mano, y al contado, los números del dichoso papel, y otros proponian cambios.

— Un chelin por cada *Standard*, decia uno.

— Seis sueldos mas que el precio corriente por un *Evening-Post*, gritaba otro.

— Un *Times* por un *Evening Mail*.

— Dos *Soles* por una *Luna*.

Es de advertir que en los corrillos de noveleros las ofertas se hacen ordinariamente en sentido opuesto, pues un *Times* vale cuatro ó cinco *Standards*, y un *Sol* una docena de *Lunas*, lo cual está mas de acuerdo con la gerarquía de los astros.

Entretanto se iban reuniendo por todas partes curiosos, unos porque sabian lo que era aquello, y otros porque lo deseaban saber, de modo que muy pronto se formó al rededor de los noveleros otro corrillo mayor y no menos ruidoso, en que se inventaron y difundieron las versiones mas absurdas del suceso. Quién decia que una amazona montada en un gran caballo habia lanzado flechas envenenadas contra la amable niña, quién que el asesino era un salvaje de la exhibicion de la calle del Regente, que le habia dado con una maza en la cabeza á la princesita, y quién por último, que habia sido un irlandés católico, un infame mendigo de la otra parte del canal. Entretanto el capitan Paddy que, aprovechando el sueño de Saunder, habia ido á pasear por allí los hecbizos de misstriss Burnett, enderezando sus seis pies de modo que dominaba la multitud, gritó:

— ¡Qué Dios me condene! ¿no hay ningun mercader de papel ennegrecido que me quiera vender un diario por cuatro sueldos?

Nadie contestó, pero las ofertas de

cambio continuaban, oyéndose por todas partes:

— *Media corona por dos Standards:*

— *Un Times por un Mail:*

— *Dos Soles por una Luna:*

y al mismo tiempo un hombre, que á escepcion de su exótico traje, parecia tambien novelero, ganando por la mano á todos sus compañeros se introducía por todas partes, y á cuantos se presentaban vendía sin regatear, y por la mitad del precio, los codiciados egeemplares que todos se disputaban. Concluido un paquete desaparecia al punto, guardaba el dinero en una de las faltriqueras de su andrajoso frac, y registrando ya á derecha ya á izquierda en las demás, de cualquiera sacaba otro nuevo legajo, y decia:

— ¿Qué quereis, noble señor? ¿qué deseais, hermosa señora?... ¿Un *Standard*? aquí está.... ¿Un *Evening Post*? tomadlo.... ¿Una *Luna*? soberbio periódico, caballero, ¡tomadlo! ¡tomadlo!

— Por aquí, traficante de mentiras, ¡Satanás y sus cuernos! gritó el capitán O-Chrane en el momento que pasaba el

novelero de los andrajos cerca de él.

— Ahí está, caballero, le dijo éste alargándole un *Mail*, y recibiendo un chelin con orden de volver ocho sueldos.

— Castígueme Dios, exclamó el capitán, sino es esa vil sabandija de Bob, el chico querido, que se ha vuelto novelero. ¡Y desde cuándo, reptil miserable, ¡por el infierno! mi buen camarada....

Pero ya Bob estaba algo lejos sin haberle dado la vuelta, y habiendo vendido en un abrir y cerrar de ojos un *Evening Post* á mistress Crubb, una *Luna* á mistress Crosscairn, y un *Standard* á mistress Foote. Estos cuatro poseedores de los tan deseados periódicos se habian acercado juntos á la luz de un farol para satisfacer su ansiosa curiosidad, mas apenas desdoblados, se oyó á un mismo tiempo una cuádruple admiración de: ¡lléveme el diablo! ¡ah bribon, tunante! El *Standard* tenia ocho dias de fecha, la *Luna* era del mes anterior, el *Post* del año pasado, y el *Mail* del capitán traia una minuciosa relacion de la batalla de Waterloo.

— ¡Ira de Dios! exclamó Paddy rascán-

dose la oreja, ¡ese infame pícaro tiene mas talento que el que hay en las dos cámaras, ó que el mismo Satanás me ase en parrillas!

Esta especulacion habia en efecto salido de su caletre, que tenía muchas de las cualidades que distinguen á los hombres grandes, pues concebía pronto y ejecutaba con suma actividad: aquel papel viejo lo habia comprado por dos coronas, y revendido por diez guineas, y mientras lo buscaban por todas partes las víctimas de su trapaería, él estaba muy tranquilo contándolas en el *tap* de la taberna de la esquina. Si esta inocente operacion, amados lectores, quereis estenderla y ensancharla en todos sentidos, dareis con uno de esos magníficos golpes de red, que de cuando en cuando salen de la casa político-comercial situada en la calle en que está el escritorio de Rothschild.

Habria como media hora que el dependiente fósil de Mr. Timoteo Overflow, que no era ningun pícaro, observaba desde una ventana estas diversas escenas; pero entre los empleados de los periódicos y los

noveleros existe una antipatía, una aversión, que ha pasado á ser segunda naturaleza, pues se detestan sin duda por sus diarias relaciones, porque viven unos por otros, y porque son ruedas de una misma máquina. Tal vez en el fósil se agregaría á esto algun chasco que le hubiesen jugado sus enemigos naturales, y daba lugar á sospecharlo el mal humor con que los observaba, y el que mas de una vez le ocurrió arrojarles un proyectil, una injuria, cualquiera cosa que hiriese ó incomodase, pero temia las consecuencias, y conociéndose frágil como el vidrio, no se atrevia á sostener una riña á puñadas. Mas el demonio de los miserables odios, ese feo duende, cuyo talento se parece al de ciertos críticos, le sugirió una idea bastante singular: bajó á la oficina del periódico, recogió el único egemplar que habia quedado de la *Luna* de aquel dia, y á muy poco rato se oyó en la calle una voz lenta, monótona y acentuada que salia de la ventana, é hizo callar á noveleros y curiosos, diciendo así:

«Noticia auténtica y circunstanciada del

horrible asesinato intentado contra la augusta persona de S. A. R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent, sobrina muy amada de nuestro gracioso soberano el rey Guillermo.”

— ¿Qué es esto? exclamó el dependiente de Gilberto del Strand; ¿nos vais á leer en voz alta el artículo, señor Switch?

— ¿Y por qué no? gritaron veinte voces á un tiempo.

— ¡Vaya! ¿y por qué no? ¡por Satanás!... ¡mil miserias! gritó desde lejos el capitán Paddy. Escuchad, Dorothy, escuchad, mi querida amiga, á este triste avechuecho, que perchado allá arriba nos va á decir el pormenor de la cosa.... ¡así Dios haga con nosotros una hornada de condenados!

El fósil prosiguió: A las once y treinta y cinco minutos de esta mañana, un extranjero de alta estatura, montado en un brioso caballo....”

— Ese papel miente; interrumpió mis-triss Crubb; era una muger.

— No señora, dice la verdad: es un extranjero.... el salvaje de la calle del Regente.

— ¡O el irlandés, el asqueroso mendigo!

— ¡Silencio por el infierno! ¡Condennacion eterna! ¡Satanás y sus cuernos! exclamó el capitán. Escuchad bien, Dorothy, amado corazón mio, ¡qué el diablo me abogue!

«En un brioso caballo alazan, continuaba Mr. Switch con voz imperturbable, se introdujo en los jardines de Rew, no obstante que ondeaba en la torre del castillo el estandarte real...»

— ¡Con mil demonios! máteme esta noche el cólera, si esto no interesa, ¡maldición! murmuró Paddy. ¡Un poco de silencio!

— Vaya, señor Switch, vaya, que la gracia está buena, decían los noveleros; ¡pero basta, no leais mas!

«El estandarte real. Los guardias de infantería encargados de la custodia del terraplen exterior no lo advirtieron hasta que ya estaba junto al gran invernáculo japonés. Si hemos de dar crédito á personas bien enteradas, la princesa misua fue quien lo descubrió en el momento en que

le apuntaba con una pistola cargada hasta la boca....”

— ¡Hasta la boca! repitió mistriss Crubb: ¡ah, Dios mio!

— ¡Silencio! ¡Ira de Dios! Escuchad, Dorothy.

«Hasta la boca. Al ver aquella temible arma, la jóven princesa dió un grito de espanto....”

— ¡Ay, Dios mio! ¡bien lo creo! ¡pobre queridita mia!

«Y se fue corriendo hácia el palacio pidiendo socorro....”

— Pero, señor Switch, clamaron los noveleros; esto es una infamia, no teneis derecho á hacerlo público de ese modo, porque nos lo habeis vendido.

— Jamás en la vida volveremos á comprar un solo número de la *Luna*, señor Switch.

— Y la *Luna* no tendrá mas remedio que ocultarse.

— Señor Switch, habrá un eclipse total de *Luna*.

Mr. Switch continuó: «Pidiendo socorro. El extranjero de alta estatura apa-

rentó querer retroceder, y se dirigió precipitadamente hácia el glasis, á cuyo pie habia dejado su caballo....”

— ¡Dejemos que cante ese loco! dijo un novelero.

— Señor Switch, añadió otro volviéndole la espalda; hemos de hacer que os acordeis de esto.

— ¡Que el diablo cargue con vos, señor Switch! dijo otro.

— ¡Y con vosotros tambien! exclamó el capitán; ¡y conmigo igualmente, qué diantre! ¡y con todos nosotros, condenacion eterna! ¡pero callad, rayo del cielo! ¡malditos revendedores de papeluchos!

Los noveleros habian ya marchado todos.

— Y despues, gritó la gente, ¿qué fue del estrangero de alta estatura?

— ¡Con treinta demonios! añadió el capitán, ¿qué fue de él, señor? ¡por todos los diablos!

El fósil cerró pausadamente la ventana, y se fue á beber su jarro de cerveza antes de acostarse, y la multitud, chasqueada, se atropelló hácia la puerta, queriéndola forzar: al capitán fueron tan ingeniosos y

variados los juramentos que con este motivo le ocurrieron, que no los repetimos porque no se nos tache de exagerados.

Mientras la multitud desahogaba su cólera con un concierto de votos y maldiciones, desembocó de la calle de Wimpole á la de Devonshire un carruage de alquiler, que difícilmente pudo abrirse paso por entre aquel gentío, sin que el que ocupaba el interior pudiera figurarse que era el héroe del extraño drama que se acababa de representar al aire libre, ni menos aquella gente que tenían en medio de ellos al *extrangero de alta estatura*. El carruage dió la vuelta por la plaza de Portland, y paró en casa del conde de White-Manor, donde se apeó al punto Brian, subió las gradas de donde lo arrojaron un dia á latigazos los criados de su hermano, y levantando el aldabon, llamó muy fuerte. El lacayo que abrió la puerta retrocedió espantado al verlo, como si hubiera visto al mismo diablo.

— Tened la bondad de decir al conde de White-Manor, le dijo Brian con imperiosa calma, que Mr. de Lancaster desca hablar con Su Señoría un instante.

II.

Derecho de primogenitura.

LA enemistad de los dos hermanos era tan pública en Lóndres, que no la podia ignorar un criado del conde; por esto el lacayo á quien habló Brian se quedó indeciso, pareciéndole tan imposible una conferencia entre ambos, que fue preciso que le repitiera su orden con tono muy positivo para que obedeciese. A muy corto rato volvió, é introdujo á Brian en el cuarto del conde, donde se dejó caer en

un sillón, tan confundidas sus ideas, que el suceso de la calle de Wimpole, las revelaciones de Susana, su repentina desaparición, nada podía ver, (por lo reciente que todo estaba) con la claridad que dá las cosas de la memoria la reflexión de algunos días. Sabía que le disputaba á Susana un enemigo poderoso, principalmente porque no lo conocía, é iba á pedir á su hermano los medios de combatirlo y vencerlo, y buscar á Susana y protegerla despues de ballada, pero ni sabía cuáles habían de ser aquellos, ni cómo empeñar á su hermano para que lo auxiliara. Mas esto importaba poco, porque le daban fuerza bastante para ello las cien victorias obtenidas sobre White-Manor; además de que ¿no tenía á su favor el cansancio y fastidio de este, su desesperacion al consumirse en una lucha tan contraria á la naturaleza, de que todo el mundo estaba enterado, achándole á él solo la odiosidad?

Tiempo hacia que Lancaster no había puesto sus pies en la casa de sus mayores, porque sus continuas desavenencias con su hermano desde la muerte de su padre lo

habian alejado de ella, que era propiedad esclusiva del mayor. La multitud de ideas que lo preocupaban, ajenas á las emociones domésticas, no fueron poderosas á impedir que embargara su corazon la larga serie de los retratos de sus abuelos que cubrian las paredes, con altivos semblantes unos, y con nobles y benignas facciones todos, y que una voz interior le dirigiera severas reprensiones unidas al nombre de su detestado hermano. Bajo la capa de osado escepticismo con que se cubria Brian para todo el mundo, ocultaba el alma de un caballero, y tal vez se arrepintió de su conducta; el hombre que se presentaba con ideas hostiles al legítimo sucesor, al heredero del nombre de familia, al que llevaba el título trasmitido puro é intacto de padres á hijos, al gefe de la casa, por fin, cuyo retrato aguardaba un marco vacío en seguida de los demás, bajó al menos la cabeza como si se avergonzára de sostener las miradas de aquellas generaciones reunidas. Se acordó entonces de que su difunto padre habia unido al morir su mano con la de su hermano, y se acordó

de que las últimas palabras de su madre le recomendaron el amor y el perdon; de su madre cuyas angelicales facciones trasladadas al lienzo por un hábil pincel, parecian todavía sonreirse....

Abrióse en esto una puerta lateral, y entró por ella el conde de White-Manor apoyado en el brazo de su mayordomo Paterston. Entre ambos hermanos mediaba gran diferencia de edad, que los excesos y disipacion del mayor habian hecho todavía mas notable: Brian en la edad viril conservaba algo de la gracia de la juventud, de la agilidad del cuerpo, de la movilidad de la fisonomía, propia de los jóvenes: su naturaleza moral y física estaba todavía virgen, y sin haber perdido nada de su vigor: era joven en apariencia y en realidad, mucho mas que esos lores de veinte años, que el trote de un caballo hace palidecer, y que á fuerza de estimulantes reaniman sus estragados apetitos: era por último galan, robusto y activo, y bajo el flemático aspecto que imprimen á las fisonomías nuestras costumbres, habia mucha audacia, amor y fogosidad. White-Manor,

por el contrario, era viejo antes de haber llegado á la edad madura: su corazon naturalmente egoista se habia petrificado, y su cuerpo, en otro tiempo robusto, se doblaba bajo el peso de una precoz decrepitud. No era sin embargo uno de esos seres débiles y estenuados por la edad y los excesos, que miserables y trémulos van implorando entre la gente un espacio para sus vacilantes pies, sino que se habia conservado derecho, y disimulaba lo consunto de sus miembros con un elegante trage de moda; pero al andar agitaba su cara un doloroso estremecimiento, su respiracion era corta y difícil, y bajo su pelo postizo se veia alguna que otra cana sobre un cráneo desnudo y arrugado. Amortiguaba sus ojos la rubicundéz de sus párpados, y se veia en él la espantosa palidéz de los apopléticos, que jaspea con manchas de color lívido el encarnado de las megillas; era en cierto modo el resto ruinoso de una robusta organizacion. Alguna vez, cuando lo reanimaba la cólera, y ponía en movimiento la sangre crasa que obstruía sus venas, recobraba su antiguo vigor, y podía en su ira

destrozar cualquiera cosa, como por egemplo, un mueble, pero le costaban muy caros esos arrebatos, porque la vida vuelta violentamente á aquel cuerpo gastado y consumido, lo hundia con su formidable choque. Entonces se quedaba sin accion, y si el golpe no era tan fuerte, afectaba su cerebro una especie de estupor, que tenia por una parte los caractéres de la imbecilidad, y por otra los de la demencia, en términos, que estaba bien convencido de que su porvenir fluctuaba entre dos extremos: la apoplejía ó la locura, y siempre que miraba hácia adelante se veia paralítico ó loco, y no de otra manera.

Brian se puso en pie para inclinarse y saludar al conde su hermano con toda ceremonia, y este correspondió á su saludo, por el contrario, procurando manifestar la espresion de un cordial afecto, porque entre estos dos hombres se habian trocado los frenos: el poderoso tenia miedo, y el débil estaba con todo su aplomo. El mayor, el gefe de la familia, el poseedor de una gran fortuna, temia á su hermano menor que ni tenia casa ni hogar, y esto en In-

glaterra, donde la gerarquía de la familia es una verdad, y las riquezas son el trono, la corona y el cetro. Los dos hermanos permanecieron un instante inmóviles contemplándose en silencio: Lancaster con el semblante frio y altivo, y el conde por el contrario benévolo y atento; mas mucho se hubiera engañado él que por estas señales exteriores hubiera querido juzgar de lo que en sus adentros pasaba. Lancaster se sentia cada vez mas movido á piedad, y su hermano padecia mas que de costumbre, y aun se notaban en su cara los vestigios del último ataque, que la noche de la antevispera le habia hecho caer al suelo en el cuarto en que estaba Ana Mac-Farlane en el *rincon del lord*: sus ojos tenian un mirar fijo y estúpido, y la mitad de su cuerpo estaba envarado y torpe, como si tuviera un principio de ataque de perlesia.

Brian no podia ver sin sentimiento el triste cambio que habia sufrido su hermano en el corto tiempo que no lo habia visto de cerca, y su trastorno era tan manifiesto, y tan visible su decaimiento, que no pudo contener un gesto de compasion, y la voz

de la sangre que poco antes le habia hablado en su interior, se repitió ahora mas fuerte, y estuvo á punto de tenderle los brazos. Mas se contuvo y volvió á tomar su altiva frialdad, porque descubrió de improviso el odio que ocultaba el conde bajo la máscara de bondad con que se habia cubierto. En el alma de este, en efecto, solo se encontraba profunda aversion, deseo de venganza, odio implacable é ilimitado, y la vista de su hermano lo habia penosamente sorprendido al ver aquellas facciones, que hacia mucho tiempo percibia solo de lejos para huir de ellas como de una fantasma amenazadora. ¡Pero cuánto distaba su sorpresa de la de Brian! A este lo hubiera querido hallar el conde envejecido como él, decaido como él, y mas que él, pero lo veia jóven, fuerte, y robusto, y esta fuerza, y este vigor insultaban su decaimiento, aquella juventud se burlaba de su edad decrépita, y el hombre sano de cuerpo y espíritu ultrajaba con su presencia al valetudinario amenazado de locura. ¡Este era el último golpe digno de todos los demás! el encar-

nizado perseguidor venia á gozar de la agonía de su víctima; el heredero á computar los pocos dias que le faltaban para entrar en la posesion de grandes riquezas, de los palacios, bosques, y parques, del nombre, del título, de la dignidad de par de **White-Manor**, en fin, de todo! Y no habia medio de estorbarlo mas que vivir, pero la vida se escapaba, y el conde conocia que caminaba á su fin, y se veia perecer, y mas en aquel momento que comparaba su estado miserable con el vigoroso de su hermano.

Brian en su presencia se hallaba mas robusto que nunca, y como si se jactara de su salud de bronce, ensanchaba su pecho, y parecia decirle: no os deis prisa, hermano mio, id despacio á la muerte, y tomaos el tiempo necesario para morir.... Yo puedo esperar. Pensamiento odioso, que una vez ocurrido al conde, no pudo conservar el falso aspecto de bondad que habia tomado desde el principio, centellearon sus ojos, una amarga sonrisa hizo temblar sus labios, y triunfó el odio; odio inmenso, que comprenderá fácilmente

cualquiera que conozca el corazón humano, porque Brian lo había atacado, Brian lo había vencido, y Brian era su heredero. Este había recobrado su primera frialdad, y observaba con desden los esfuerzos que hacia el conde por volver á aparentar benevolencia, y olvidado el recuerdo de su anterior compasion, sus pensamientos eran hostiles, de forma que á los pocos momentos de verse, y antes de haber hablado una palabra, se miraban los dos hermanos como dos enemigos que se van á despedazar. El conde fue el primero que rompió el silencio, y con voz muy dulce, pero poco de acuerdo con la espresion de su semblante, dijo:

—¿Qué quereis de mí, hermano mio? ¿Habeis venido acaso á gozaros en los progresos del continuo martirio con que me atormentais?... Estoy muy malo, Brian, debeis estar satisfecho.

—Milord, contestó Lancaster inclinándose, iba á preguntaros cómo estabais.... siento mucho veros indispuesto.... pero creo que en atribuirme á mi la causa de vuestro padecer, haceis un notable agravio

á vuestra divertida vida de otro tiempo, y me atribuis sin razon un poder que no tengo.

—La víbora que mata es ruin y débil: un niño la puede aplastar con el pie.

Brian no hizo el menor movimiento, y el conde arrepentido al instante de haber dejado traslucir su rencor, tartamudeó muy apurado:

—Quería decir.... pero me parece que entre hermanos no hay necesidad de medir las palabras.

—Teneis razon, milord, dijo friamente Lancaster; entre hermanos que se aman todo se puede decir. Os suplico que no os incomodeis.

White-Manor procuró disimular su turbacion, le hizo una seña á Paterson para que le acercára un sillón, y dijo á Brian:

—Tened la bondad de sentaros, y dadme á mí permiso para hacerlo.... Como no acostumbramos vernos con frecuencia, os pediré otra vez me digais el objeto de vuestra visita.

—He venido á hablar á Vuestra Seño-

ría sin testigos, respondió Lancaster sentándose, y aguardo á que nos dejen solos.

White-Manor se quedó visiblemente perplejo, y en sus miradas parecia que comparaba de nuevo la fuerza de su hermano con su propia debilidad. Su destruida fisonomía denotó un espanto manifiesto, y repuso:

— ¡Solos los dos!... Gilberto Paterson es un criado fiel, hermano mio, y no se suele separar de mí nunca.

— Es decir, milord, que no estabais vos muy lejos de Gilberto Paterson la noche que este fiel servidor hizo que vuestros criados echáran de aquí á latigazos al hijo de vuestro padre.

— Fue cosa muy sensible para mí, tartamudeó el conde, y Gilberto sufrió un severo castigo....

— Pero no lo despedisteis, le interrumpió Brian, cuya voz sosegada y tranquila no dejaba traslucir la amargura de su corazón. Mas vos mandais en vuestra casa, milord, y yo no debo entrometerme en vuestra predileccion por un criado.

— ¿Quereis que lo despida? dijo el conde con viveza.

— Por vida mia, milord, respondió Lancaster, que me importa lo mismo que lo despidais ó no. Pero el asunto que me ha traído aquí es grave.... muy grave.... para mí, y para vos tambien, y la presencia de este criado me incomoda.

El conde reflexionó un instante, se puso en pie en seguida, y se encaminó á la puerta, diciendo:

— Ven, Gilberto.... Soy con vos al momento, Brian, y estaremos solos.

Volvió, en efecto, á los pocos minutos, mas en vez de sentarse como antes, enfrente de Brian, lo hizo junto á una mesa que habia en medio de la sala, puso un par de pistolas sobre el rico tapete que la cubria, y con el tono breve y resuelto de un hombre decidido, dijo:

— Por esto conocereis, Brian, que vamos á hablar seriamente y con formalidad. Bien sabeis que os aborrezco, y tal vez no ignorais que os tengo miedo: os creo capaz de todo, y he traído estos dos testigos, que aunque mudos, suplirán por Gilber-

to Paterson.... Decid lo que gustéis.

Brian se sonrió desdeñosamente, y le contestó:

— ¡Ah milord! D. Quijote lanceaba los molinos de viento, y esto no era tan disparatado como querer luchar conmigo con pistolas.... ¿No conocéis el provecho que yo sacaría de que Vuestra Señoría me asesinase?

— No señor, no lo conozco; respondió el conde con acritud. Los muertos no se burlan.

— Os juro por mi honor, sin embargo, que sería preferible á ahorcarme debajo de una de esas ventanas.... No, milord, vuestras pistolas no os librarán de mí, y será preciso que echeis mano de otras armas para sostener la lucha, si rehusais la paz que os vengo á proponer.

— ¡Qué! exclamó el conde, ¿terminaríais vuestra implacable persecucion, Brian?

— Os perdonaría, milord; respondió éste bajando sus ojos altivos é indiferentes á la vista de su hermano; suponed que ha hablado la voz de la sangre, que estoy

cansado de atacar á un hermano , de oprimir á un enemigo que no se sabe defender, fatigado de hacer el juguete y desprecio de las gentes, á un hombre que lleva el respetable apellido de mi padre....

— ¡ Ah!... dijo con desconfianza White-Manor, volviendo á dudar; vuestras espresiones son algo duras para proponer la paz.

— Es que vos, milord, parece que habeis llegado ya á lo último de la miseria, y aunque yo sea incapáz de abriros mis brazos, como se le abren á un hermano, se me ha antojado tener compasion. ¡ Es tanto lo que os habeis abatido, y tanto lo que os avergonzais de vos mismo! De dia estais siempre espantado y temiendo los penetrantes gritos de la gente que yo pongo en movimiento, ó que sosiego, y de noche en vuestras vigiliass siempre estais oyendo zumbas en vuestros oidos estos gritos, ya amargos, ya burlescos.... Al fin no soy verdugo, y hoy quiero poner término á vuestros tormentos.

White-Manor estaba con el rostro encendido, hiriendo su orgullo cada palabra

de éstas, y anonadándolo tan desdeñosa piedad, y hubo un momento en que en un violento ímpetu de cólera, tembló su mano, y miró ansioso las pistolas. Brian creyó sin duda haber dicho bastante, porque tomó un album y lo hojeaba con distraccion, volviendo á ser el mismo hombre que presentamos al principio, indiferente y frio, y poseyendo en alto grado, al menos en lo exterior, toda la flema británica. Brian el *escéntrico*, dirigiéndose á un fin serio por caminos extravagantes, Brian, sin dinero y sin privilegios, habia humillado á un par del reino protegido por un fárrago de leyes políticas, y tan rico además, que esto solo lo debiera haber hecho invulnerable en un pais donde el oro es un escudo contra todo ataque. La cólera del conde se estrelló contra aquella flema, y vió que era imposible luchar con un hombre que despreciaba á un enemigo armado hasta el punto de entretenerse en ver estampas iluminadas, en vez de observar sus movimientos; y las pistolas quedaron sin tocar, y poniéndose sobre sí cuanto pudo, dijo:

—Es decir, que hoy me insultais por un resto de la antigua costumbre, y por última vez.

—Os equivocais, milord, repuso Lancaster desviando un poco el album para ver mejor el efecto de un pais; yo no os insulto, no hago mas que manifestar el triste estado á que os hallais reducido.

—En una palabra, haceis lo que los mercaderes, que rebajan el mérito de un género para obtenerlo mas barato.

—Al contrario, milord... el comercio no me parece comparacion adecuada.... Yo rebajo mi propio valor, para lograr un precio mas alto.

—Es decir, ¿qué venis á proponerme una venta descarada?...

—No, milord, es una capitulacion.... Vuestros antepasados y los míos ponian precio á la libertad de sus prisioneros.

—¿Y me permitireis que os presente el reverso de ese cuadro pintado con colores tan sombríos, como hábiles?

—Sin duda ninguna, milord; contestó Brian, cerrando el album para estar mas atento.

—Sois muy amable, repuso el conde, procurando imitar el tono de su hermano. Yo soy muy desgraciado, lo confieso, y lo soy por culpa vuestra, ¿pero vos que con tanta altanería me habláis, os creéis en mejor posición? cuanto mas me llameis miserable, mas descubris vuestras propias miserias, porque me teneis envidia, y la envidia es una confesion, un homenaje. Vos sois pobre.... y aunque las rentas de una corona no bastarian para vuestra prodigalidad, no poseeis un chelin.... ¡mas yo!... ¡yo soy par del reino, y tengo millones!... Ahora comprendo y adivino el objeto de vuestra visita; pero vive Dios, hermano mio, que mi vida durará bastante para que tengais que egercitar vuestra paciencia, y procedeis como hombre prudente en venir á tratar conmigo de paz, segun decis, y á buscar los medios de mejorar vuestra triste existencia, que está reducida, hace mucho tiempo, á hambre y deudas.... Pero quizás seria mas acertado que suplicarais en vez de amenazar.

Brian al pronto no respondió, como queriendo dar tiempo á su hermano para

prolongar su arenga, pero luego dijo:

—En todo eso hay algo de verdad, y muchos errores, milord. Es cierto que soy pobre, no pienso en negarlo, mas el tiempo de las deudas se acabó para mí, porque ya no tengo crédito.

—¿Me quereis acaso hacer creer que vivis de vuestro trabajo? le dijo el conde con ironía.

—No, milord, desgraciadamente no sé hacer nada.

—Y sin embargo vivis....

—A pesar de Vuestra Señoría, por cierto.... pero no pido prestado, me dan limosna.

—¡Cómo! exclamó el conde dando un brinco en la silla; ¿habrá llegado á tanto vuestra locura? ¿habreis llegado á mendigar, olvidando vuestra cuna?...

—Tened presente, milord, le interrumpió Brian, que está severamente prohibido mendigar, hasta á los hermanos menores de los individuos de la cámara alta, en cuyo favor pedian en mi concepto una escepcion el buen sentido y la humanidad.... Yo sufro que me den limosna,

mas no la pido.... Entretanto, ¿no os parece, como á mí, que basta ya de conversacion, y que debemos entrar en materia? Yo, sea por lo que fuere, os vengo á ofrecer la paz: ¿la quereis, ó no?

—Segun el precio que le querais poner.

—¿El precio?... repitió Brian dudando, porque ciertamente no esperaba esta pregunta.

—¿Qué es lo que necesitais, Brian? le volvió á decir el conde.

—Milord, contestó Brian con voz pausada y grave; no sé precisamente lo que necesito, pero necesito mucho... mucho... Necesito la facultad de poder tomar de la caja de Vuestra Señoría á discrecion.... lo que se me antoje, milord.

III.

¡Piedad, hermano mio!

EL conde se quedó atónito al oír tan exorbitante petición, y miró cara á cara á su hermano, como buscando en su semblante la esplicacion de aquella locura; pero no debió quedar satisfecho, porque la tranquilidad de su fisonomía mostraba lo formal de su propuesta; hasta que por último esclamó con mas sorpresa que cólera: — ¡Me pedis cuanto tengo, Brian! y es

imposible que creais que he de acceder á ello.

— En efecto, milord, es todo cuanto tenéis, contestó Brian, pero tal vez me limitaré á una mitad.... á la cuarta parte.... quién sabe... En cuanto á lo que suponeis que he de creer imposible, os aseguro, bajo mi palabra, que jamás he creído nada mas positivamente, ni con mas fundamento....

Detúvose un momento, y con sencillez, y tono sosegado, pero firme, siguió así:

— No creais, milord, que vengo á hacer con vos el diplomático, que oculto alguna segunda intencion, ó en fin, que tengo algun medio poderoso para obligar á Vuestra Señoría, y hacerle convenir á ojos cerrados.... Si yo no fuera hombre que desprecia tales medios, podria acaso empeñar la lucha en ese terreno, porque sé mucho de vuestra vida pasada, milord mi hermano, mas de lo que podeis figuraros.

— Mi vida pasada, le interrumpió el conde, ha sido la de un caballero, y en vano intentais asustarme con eso: nada me

importa que se haga pública mi vida....

— Sí por cierto, milord, lo temeis, y con mucha razon, á no ser que hayais olvidado que tuvisteis una muger y una hija; una muger propia, cuyo horrible martirio se ha olvidado ya, y una hija, que muerta ó viva, solo Dios sabe su misterioso destino.

— ¿Os atreveréis á suponer?... exclamó el conde.

— En verdad que nada bueno supongo, milord; pero doblemos esta hoja, porque repito que no os he de atacar á traicion. Mis armas son otras, y no tan comunes.... ¡Por vida mia, hermano, que atacaros en ese terreno sería proporcionaros una gran ventaja!... Sois sobradamente rico para hacer desaparecer la verdad, y quizás los ociosos tomarian vuestro partido.... ¡No, no! ¡nada de acusaciones, que son cosa miserable y trivial! Los aplausos del mundo los mereceré si me sé conducir sin alborotos, ni perder mi sangre fria.... Yo no soy abogado, señor conde, soy gladiador.

White Manor oia este discurso extraño con ansiedad y fatiga, sin compren-

der en gran parte su sentido, esperando un ataque directo y preparándose para la defensa, pero Brian dejaba que se ordenasen sus ideas, siguiendo su fantástica lógica, y mientras el conde trabajaba por comprender sus últimas palabras, cambió precipitadamente de objeto y le dijo:

—Hoy mismo me han contado una historia bastante singular y que conmueve: por de pronto he creído hallar alguna coincidencia entre las aventuras de una infeliz muchacha abandonada, y algunas noticias que tengo de la vida privada de Vuestra Señoría.... ¡Pero no permita Dios, añadió conmovido de repente, que sea lo que he sospechado!... ¿Teneis por ahí algún retrato de la condesa de White Manor que enseñarme, Godofredo?

—¿A qué viene esa pregunta? dijo el conde turbado.

—Es una pregunta loca, ¿no es verdad, milord? repuso Lancaster. De ocho dias á esta parte creo que me he vuelto un chiquillo: tengo quince años menos; se agolpan en mi imaginacion ideas inverosímiles; en mi cerebro hay una novela completa, y

mis esperanzas tienen algo de brujería.... Porque aquella jóven fue entregada á un infame....

—¿Qué jóven? dijo involuntariamente el conde.

Brian miró á su hermano de hito en hito, arrugó las cejas con cólera, y exclamó bruscamente:

—¡Si yo me llegara á persuadir!.... pero no acabó, y añadió con frialdad:

—Una jóven á quien busco, milord, una jóven á quien amo, una jóven que me han arrebatado, y á quien Vuestra Señoría me va á ayudar á encontrar.

—Señor mio, le replicó el conde con mal humor; ¿os habeis propuesto no hablarme mas que por parábolas? Estoy malo, y me fatiga ocuparme tanto tiempo en adivinar vuestros enigmas.

—Tened la bondad de disimular, milord; repuso Brian haciéndole una cortesía. Vamos al asunto, puesto que lo deseais. Creo haber dicho que no venia preparado para una discusion, y ahora os añadiré, que cuando entré en vuestra casa no sabia á punto fijo lo que os iba á pedir...

— De modo que la peticion que me acabais de hacer ha sido improvisada, le interrumpió el conde. Os aconsejo que la reflexioneis un poco, hermano mio, que la reduzeais á términos esplicitos, y que la limiteis á mil ó dos mil libras: esto no es mas que un consejo amistoso.

Brian, como despreciando esta interrupcion, continuó así:

— Os he dicho además, que para conseguir mi objeto seguiria el camino trillado, sin descender jamás á valerme de medios propios de héroes de tragedia, pues desprecio casi lo mismo la maledicencia que el puñal ó el veneno. En suma, necesito un documento en debida forma, que me autorice para tomar de la caja de Vuestra Señoría cuanto me haga falta.

— ¡Aun insistis en eso!

— Siempre, milord, si tengo de ello absoluta necesidad.

El conde sufría y aguantaba por no terminar violentamente esta conferencia, mas el miedo que tenía á Brian balanceaba su enfado, y quiso entrar en discusion aun sobre tan singular exigencia, diciendo:

—Yo me debería encoger de hombros y callar, porque es una locura verdaderamente prestar atención á vuestras palabras; mas el asunto es chistoso, y no puedo menos de suplicaros me digais, qué pensais hacer con mi dinero.

—Lo quiero para esa jóven, milord, contestó Brian con la mayor naturalidad.

—¿Y pensais que me privaré de él para una desconocida?

—Cuento con ello positivamente, milord.

FIN DEL TOMO NOVENO.